rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 1

SUMARIO

ESTUDIOS

- **«Entra en el gozo de tu Señor». La alegría en la tradición bíblica.**
  Mariola LÓPEZ, RSCJ 813
- **La pérdida que nos poda y la alegría.**
  Benjamín GONZÁLEZ BUELTA, SJ. 825
- **«Locos de alegría, abandonar a toda prisa los sepulcros». Trabajándose el optimismo y acogiendo la alegría verdadera**
  José María FERNÁNDEZ MARTOS, SJ 835
- **Alegres en medio de tanta tristeza.**
  Toni CATALÁ 849

COLABORACIÓN

- **Ciencia y religión, una experiencia docente en la Universidad**
  Javier LEACH y Agustín UDÍAS 861

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

- **Ser testigos de la liberación en Camboya.**
  Fundación ALBOAN 865

RELIGIÓN, VIOLENCIA Y RECONCILIACIÓN

- **9. Diálogo interreligioso: una necesidad para la paz**
  Thomas MICHEL, SJ 869

LOS LIBROS

- **Recensiones** 881

PRESENTACIÓN

No es fácil ofrecer una única definición del término «alegría». La filosofía, la psicología y otras ciencias humanas se han ocupado de ella y han presentado numerosas características y múltiples definiciones. El teólogo alemán Alfons Auer la definió como *la expresión de una genuina intensificación de la vida.* El cardenal Carlo Maria Martini indica que la alegría del Evangelio «es un *no sé qué* que impregna toda la vida del bautizado; es el equilibrio de todas las cosas».

Tampoco es fácil afirmar que la alegría sea una característica propia e inherente a todos los cristianos. Muchas personas, cristianas o no, que tratan a diario con cristianos, afirman con conocimiento de causa que, desgraciadamente, muchos y muchas cristianos/as vivimos con una notable falta de alegría.

¿Qué podemos y qué necesitamos hacer los cristianos para vivir con alegría? ¿Qué nos conviene recordar, renovar y aprender para no seguir dando la espalda a esta sentencia proverbial: *«Para el afligido todos los días son malos, pero el corazón feliz está siempre de fiesta»* (Pr 15,15)?

Estas afirmaciones y preguntas están en el horizonte de este número de SAL TERRAE. Su intento es contribuir a presentar algunas características de la alegría, considerada ésta de manera especial, aunque no única, desde las definiciones anteriormente citadas, así como animar a los/as cristianos/as a ser un poco más alegres.

Las cuatro colaboraciones de este número tienen en cuenta las premisas anteriores, y más concretamente la pregunta que muchas personas nos hacemos: ¿por qué no somos alegres los cristianos? Por eso presentan algunos elementos coincidentes que sirven de soporte e ilustración de los aspectos particulares que cada uno de ellos desarrolla.

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 4

Mariola López rastrea el sentido bíblico de la alegría, buscando sus fuentes y observando su recorrido en diversos pasajes: relación alegría-gratitud; dimensión universal (creacional) de la alegría; los últimos, morada de la alegría.

Partiendo de que en el límite percibimos a Dios como causa de nuestra alegría, *Benjamín González Buelta* presenta en qué consiste el itinerario cristiano que va de la poda a la alegría y que alcanza su plenitud en el hecho de reconocerse como un don del resucitado.

José María Fernández-Martos comienza presentando una exploración del mundo del optimismo, realizada desde las ciencias humanas. Ella es el soporte para indicar diversas pistas que los pedagogos del alma, tan necesarios para nuestro mundo actual, proponen como medio de alcanzar la alegría verdadera.

Toni Catalá centra su reflexión en la alegría en el Viernes y el Sábado santos de nuestra historia. Adentrarse en dicha alegría es adentrarse en el silencio de Dios, silencio compasivo, que expresa con toda hondura que la gracia se encuentra en el fondo de la pena.

Cuando este número vea la luz, faltarán pocos días para que los cristianos celebremos de nuevo el Adviento de nuestro Salvador. ¡Feliz y alegre venida de Jesucristo para los/as lectores/as de la revista! ¡Feliz y alegre venida de Jesucristo también para los/as amigos/as y conocidos/as de nuestros/as lectores/as y, de modo particular, para *los últimos,* aquellos/as en quienes mora de verdad el don de la alegría que procede del Resucitado!

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 5

ST 90 (2002) 813-824

ESTUDIOS

«Entra en el gozo de tu Señor»
La alegría en la tradición bíblica

Mariola LÓPEZ, RSCJ*

Agustín se pregunta al ir desgranando sus confesiones: *«¿Dónde y cuándo he tenido yo experiencia de la felicidad, para poder recordarla, amarla y desearla? Porque no soy yo solo o unos pocos en exclusiva los que deseamos ser felices, sino absolutamente todos»*[1]. Basta echar una mirada a los anuncios que nos acosan desde la televisión, internet o las vallas publicitarias de las calles, para constatar que giran en torno a este anhelo tan humano. Se explota comercialmente nuestra ansia de alegría, y crece la cultura del divertimento. Se nos ofrece una dicha *comprable* y, en la medida en que creemos acercarnos a su paraíso, vuelve a alejarse a lomos de nuevas modas de sentido que quieren seducirnos, tocando el deseo más hondo de nuestra vida, que es el de ser felices y hacer que otros puedan serlo.

¿No es ésa también el ansia, la pasión de Jesús, que nos dice una y otra vez que todo lo que ha dicho y hecho ha sido para que podamos compartir su alegría (Jn 15,11)? Una extraña alegría, porque no hay tarjeta de crédito que la pague. No es el gozo estridente de la botella de champagne que consumimos voraces; es la alegría silenciosa que emerge de dentro afuera y transfigura la realidad.

Vamos a intentar rastrearla en la Biblia, buscar sus fuentes y mirar su recorrido. Sin pretender abarcar todos sus registros, tomaremos aquellos que pueden alentarnos, en medio de nuestra ambigüedad, a vivir con un *corazón contento,* del que los sabios de Israel

* Profesora de Sagrada Escritura en el Centro Teológico de Las Palmas de Gran Canaria.

1. S. AGUSTÍN, *Confesiones,* BAC, Madrid 1988, p. 339.

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 6

decían que alegra el semblante (Pr 15,13) y hace bien al cuerpo (Pr 17,22)[2].

Tengo la sensación de que buscar el origen y la dirección de esta alegría es como bajar al interior mismo de Dios; y si no podemos entrar en Él sin abismarnos en el propio corazón, ¿estará allí también la alegría como en su casa? ¿La hallaremos al comienzo y al final como aquello que constituye nuestra humanidad?

1. La dicha de *ser librados*

Si hubo un acontecimiento que dejó huella en el acontecer del pueblo de Israel, fue la salida de Egipto, la experiencia de un Dios que se da a conocer liberando. Tantas veces lo narró y lo recreó a lo largo de su historia que se convirtió para Israel en algo más que un acontecimiento fundacional; fue para el pueblo, y para los que hundimos nuestras raíces en él, una dinámica, un aprendizaje, una manera de relacionarse y de vivir. En este acontecimiento está el sentido de su misión, el motivo por el que regocijarse, agradecer y alabar, el recuerdo vivo por el que es posible seguir manteniendo la esperanza aun en las peores situaciones.

Sometidos largo tiempo bajo el domino del faraón, cuando el pueblo expresa quién ha sido y quién es YHWH para él, va a vivir esto: *«María la profetisa, hermana de Aarón, tomó su pandero en la mano, y todas las mujeres salieron detrás de ella con panderos para danzar: "Cantad al Señor, sublime es su victoria"»* (Ex 15,20). Animado por las mujeres, el pueblo necesita bailar y cantar la alegría tremenda de la salvación que ha venido inesperada y libremente de su Dios. En adelante lo confesará como Aquel que sacó y Aquel que saca constantemente de Egipto, un lugar, en cualquier tiempo, donde la persona está definitivamente coaccionada y sometida, y del que sólo el Señor, su Dios, puede sacar (Is 25,9-10).

La invitación a la alegría que atraviesa los salmos y los libros proféticos va a asentarse en la experiencia fundante de esta liberación por sorpresa, que los vincula definitivamente con su Señor. El

2. Aunque aparece con frecuencia, no trataré de la alegría en los libros sapienciales, por los límites de extensión del artículo. Sólo apuntar que invitan con gran humanidad a saber contentarnos con las cosas cotidianas y sencillas, que a veces nos pasan desapercibidas en el momento presente y son como las cuentas del collar del gozo (véase, por ejemplo, Ecl 9,7-9).

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 7

júbilo va a acompañar la historia del pueblo judío en el interior de los acontecimientos dramáticos que padeció; la espera de esta alegría por Aquel que trae salvación va a ser la fuerza decisiva en el camino. Una alegría que volverá a esperarse y a vivirse nueva en las distintas situaciones de padecimiento a lo largo de su historia. La alegría que abre salida donde no la hay, que trae futuro y posibilidad de comenzar de nuevo (Sal 31,8-9).

La dimensión más honda de la alegría bíblica es que brota de una experiencia gratuita de salvación, de encontrar inesperadamente un libertador, un amigo, un protector, un guía; una madre y un padre que alimentan y conducen, un Dios en quien se puede confiar y al que quedan definitivamente vinculados: *«yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo»* (Jr 31,33). Esta vinculación trae un proyecto, una misión: compartir con otros el *cambio de suerte* recibido de su Señor, colaborar para que esta alegría pueda alcanzar a otros. *«Recuerda que tú también fuiste esclavo en Egipto y que el Señor, tu Dios, te liberó»* (Dt 15,15).

Es una alegría enraizada en un recuerdo, en la memoria dichosa de la salida de la esclavitud; no como algo que sucedió, sino como algo posible de acontecer *ahora,* y en el compromiso por seguir actuando esta liberación. *Exultar, celebrar, bailar, cantar, regocijarse, gritar de júbilo, hacer fiesta...* La dicha de *ser librados* por puro amor no puede compararse con nada.

2. ¿Podrá regocijarse la tierra?

Cuando Israel se mira en el contexto de otros pueblos, con sus dioses, va a comprender por su propia experiencia que sólo un Dios así puede haberlos creado. El Dios que protege es Aquel de cuyas manos salimos y que continúa recreándonos. El que trae el auxilio es el que hizo el cielo y la tierra (Sal 121,2). Muchos textos del AT, junto al gozo por la acción de Dios en la historia, recogen el gozo por la creación, la belleza de una acción que surge de la alegría. Un Dios que se goza por la obra de sus manos (Sal 104)[3].

3. A la pregunta por el sentido de todo ser creado respondía así un cristiano del siglo I: *«Igual que uno se adorna para alegrarse en la vida, también Dios creó el mundo para poder alegrarse»* (primera carta de Clemente). K. BERGER, *¿Qué es la espiritualidad bíblica?,* Sal Terrae, Santander 2001, p. 122.

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 8

El que bendice, el que desea un proyecto de fecundidad y felicidad, es el que ha grabado en el corazón de toda la creación, en cada célula del ser vivo más diminuto, una invitación silenciosa al júbilo (Sal 96,11-12). ¡Qué sueño tan hermoso para una tierra tan profundamente herida y devastada como la nuestra! Sin embargo, ésta es la voluntad de su Creador, aquello para lo que ha sido hecha. La alegría de la creación es la expresión del reconocimiento profundo de la soberanía de Dios, de saberle Centro y Señor de toda vida.

Sin escucha y reverencia ante la tierra, y sin embarcarnos en la tarea de promover su integridad, no podremos recibir su júbilo. *«Necesitamos silencio para poder oír la voz de la naturaleza, clamando por la vida. Una vida que incluye la justicia social y económica, la democracia, la no-violencia, la paz y la conservación de la energía"*[4].

Si la alegría que acontece es sólo para unos pocos, ya no es la alegría bíblica, porque es toda la creación la invitada a participar de ella. La universalidad de una alegría que se ofrece como origen y como destino último. La alegría de la creación es la otra cara de su armonía. Cuando puede ser lo que está llamada a ser: el *shalom* para el que fue creada y para el que es constantemente liberada.

Sólo si dejamos de lastimarla, si nos abrimos a recibir la creación como don, como hermana y compañera, como *cuerpo* en el que es posible el nuestro, podrá surgir la transparencia que abra nuestros ojos a todos los brotes latentes de la tierra. Ella viene en ayuda de nuestra opacidad para hablarnos de Él, para enseñarnos a hallar al que es su Señor (Sab 13,9). Cuando podamos sentirla habitada y, a la manera de un hombre transparente, podamos decir *hermana agua, hermano árbol,* y, como él, lleguemos a amar y a respetar todo cuanto existe en el último rincón de nuestra tierra, ella nos entregará en el silencio el secreto de su alegría.

Pero ¿dejaremos algún día los nortes de depredarla y compartiremos sus frutos? ¿Podrá llegar a regocijarse la tierra, y con ella todos sus habitantes (Sal 98,7)?

4. La coreana SON IN SOOK, RSCJ, señala que necesitamos el silencio para hacernos más sensibles a la interconexión de cada uno de nosotros con nuestra tierra: todo es una unidad. *Informaciones RSCJ,* Septiembre 2002.

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 9

3. El contento del pastor, de la mujer y del padre

Hay un evangelio que comienza con una sorprendente invitación a la alegría a una mujer de Nazaret, a la que se llama dichosa por haber creído, y que culmina con el asombro de unos discípulos que no se lo podían creer a causa de la alegría. Muchos son los pasajes en los que podríamos detenernos: en la felicidad inesperada de María, en el gozo de Isabel, de Zacarías y de su hijo (Lc 1), en la alegría de los pastores (Lc 2,11), de la gente sencilla (Lc 13,17), de Zaqueo (Lc 19,6)... Pero he elegido unas parábolas a las que somos invitados a volver constantemente para aprender quién es Él y quiénes somos nosotros. ¿Qué encontramos en común en las tres historias que se recogen en el capítulo 15 de Lucas? Cruza y recorre las tres el hilo de la alegría, marcando ésta un antes y un después en los relatos.

Lo primero que llama la atención es que no es una alegría fácil, porque lo que tenemos al principio son situaciones de pérdida, de dolor, de abandono, de tristeza. Una oveja que se pierde, una mujer que pierde una moneda; un padre que pierde a su hijo. ¿Qué ha sido necesario para que irrumpa inesperadamente esta alegría? Que emerge en el marco de un *encuentro,* y la iniciativa, el primer paso, ha sido de aquel para el que lo perdido era algo muy valioso. Ha salido en su busca, ha removido, ha esperado, se ha adelantado a acogerlo.

El pastor carga con la oveja lleno de alegría y reúne a los amigos y vecinos para decirles: *«alegraos conmigo, porque encontré la oveja perdida»* (Lc 15,6). La alegría necesita compartirse, es expansiva, avanza por sí misma. La mujer llama y reúne a sus amigas y vecinas y les dice: *«alegraos conmigo, porque he encontrado la moneda que se me había extraviado»* (Lc 15,9). El padre va más allá y da espacio, nutre y hace tangible esta alegría: *«tenemos que alegrarnos y hacer fiesta, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida»* (Lc 15,32)[5].

Una alegría que hace ligera la carga, que no guarda memoria de lo perdido, sino gozo por lo encontrado; que necesita comunicarse y que tiene que ver con estar en camino hacia un Rostro. ¿No es eso

5. Para designar la invitación a la alegría, *euphraíno* es la expresión griega que utiliza Lucas en las tres parábolas (Lc 15,1-32). Hace referencia no sólo al gozo interno, sino a la alegría en la convivencia festiva que se demuestra también exteriormente.

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 10

lo mismo que hace Jesús cuando nos ha encontrado, cuando hemos descubierto su Presencia en la raíz de nuestra vida y necesita comunicarlo al Padre y a los otros, celebrando el banquete con su propio cuerpo? *«Os he dicho esto* –dice en Juan– *para que compartáis mi alegría»* (Jn 15,11; 16,22; 17,13).

El hijo mayor no quiere *entrar* en la casa; la envidia y el enfado lo ciegan ¿Acaso no tenía él más derecho? ¿No había merecido con su servicio ese derroche de su padre?. Entonces aprendemos aquello que necesitamos escuchar cada día: *«hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo»* (Lc 15,31).

La alegría de Dios está en nosotros cuando entramos en esa relación de confianza e intimidad con Él, cuando vamos creyéndonos de verdad que no tenemos que ganarnos ni merecernos nada, que su Amor desea dársenos hasta el fondo. Y cuando consentimos, cuando nos dejamos cargar, encontrar, abrazar y besar, en la debilidad y vergüenza de la propia vida, entonces nos atrevemos a ser causa de alegría para Él. Es ese *movimiento,* de la muerte a la vida, el que provoca una alegría en Dios que nos alcanza a nosotros. Allí donde hay amor, allí hay alegría, aun en los momentos de mayor dolor.

Y cuando, esperando el rechazo que creemos merecer, nos topamos con Alguien que nos recibe así, no podemos más que llorar por tanta ingratitud, y desear corresponder con todas nuestras fuerzas. ¿Con qué contento serviría ahora a su padre? Eso es el perdón: la oportunidad de que el amor se manifieste hasta el extremo y muestre su poder para transformarnos. Y en acoger este perdón, como hizo el hijo pequeño, nos va la vida. En salir de nuestro mundo estrecho (*«despilfarro», «necesidad», «cerdos», «hambre», «algarrobas», «jornalero»...*) y dejarnos conducir al mundo espacioso del padre (*«Abrazo», «vestido», «anillo», «sandalias», «fiesta», «hijo»*).

La alegría que atraviesa estas parábolas nace en el horizonte de una relación, viene de alguien y va hacia alguien; nunca es una alegría solitaria, sino que e expansiva y comunitaria en su propia naturaleza. En el banquete que ofrece el padre, no queda nadie fuera; él mismo sale a persuadir al mayor (Lc 15,28). Una alegría por la que se invierte la mala noticia en buena, la desgracia en oportunidad, la carencia en abundancia.

Cuando la oveja de la parábola se deja tomar y cargar; cuando el hijo, lleno de asombro, se anega en el abrazo de su padre, experimenta en su indigencia hasta dónde es capaz de llegar el amor para recuperarnos, y el gozo que provocamos al consentir, al colaborar

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 11

con este *movimiento* que, desde nuestra verdad más honda, nos reincorpora a la vida. ¿Cómo sería el *día después* del hijo menor en la casa? ¿Qué haría a la mañana siguiente, cuando despertara y viera que no había sido un sueño, que estaba en la casa de Aquel que lo amaba hasta la locura? ¿Cómo sería en adelante su vida, bañada definitivamente en esta alegría?

4. Los pobres y pequeños: morada del gozo

Vamos a detenernos en una escena, también del evangelio de Lucas, en la que se nos desvela explícitamente (porque en muchos otros momentos la bebemos aunque no se exprese) la alegría de Jesús y el lugar de donde procede. Se enmarca en el contexto de la alegría de los discípulos. Ellos llegan muy contentos, después de una jornada brillante, porque han vencido a los *demonios* que quieren deshumanizar y violentar, romper nuestra vinculación con Dios y con los otros y alejarnos de Él. Es algo por lo que estar enormemente felices. Sin embargo, Jesús, aun reconociendo que para eso los ha enviado, les da un motivo mayor, que no depende de ellos: *«alegraos* (xaírete) *más bien de que vuestros nombres estén escritos en el cielo»* (Lc 10,20). ¿Dónde está el eje de esta alegría? No en algo que podamos conseguir nosotros, lograr, hacer, por muy bueno que sea, sino en algo que nos es dado, que recibimos de Otro: en sabernos pertenencia suya está nuestra alegría[6].

El mismo Espíritu que habita hoy en nosotros es el que provoca este gozo en el interior de Jesús. El motivo de esta alegría, que provoca la alabanza, es que la vida de Dios se descubre a los pequeños y sencillos; que son ellos el espacio que se expone sin defensas a la irrupción de la gracia. ¿No fue ése el centro de su propia experiencia: descubrir que Dios se ha enamorado, ha quedado seducido por la pobreza? ¿No es la alegría de ver que los necesitados, los pequeños, van a ser aquellos que no ponen obstáculos a la acción de la misericordia? Por eso llama dichosos a los pobres, a los hambrientos, a los abatidos, a los perseguidos (Mt 5,1-12). Ha experimentado que son ellos los que están en disposición de acoger el Reino,

6. Cuentan del staretz Serafín de Sarov que acostumbraba a recibir a cuantos iban a verle con esta expresión: *«Bienvenido, alegría mía»*. ¿No es éste *el nombre* con el que quiere recibirnos a cada uno de nosotros?

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 12

porque, no pudiendo esperar nada por sí mismos, lo esperan todo de Dios.

Jesús ha visto brotar la alegría en aquel leproso curado (Lc 5,13), en la mujer considerada impura que se arriesgó a tocarlo con una confianza tremenda (Lc 8,44-45), en Zaqueo, mientras compartía la intimidad de su casa y su mesa (Lc 19,9). Y se sintió enormemente feliz cuando pudo enderezar a una mujer muchos años lastimada (Lc 9,15), cuando *despertó* a su amigo Lázaro (Jn 11,43) y cuando vio que, compartiendo, todos pudieron comer lo que necesitaban (Lc 9,15-17). La que él siente es la misma alegría del Padre, la de la misericordia ofrecida que es acogida. La honda y dolorosa alegría de la vida que emerge precisamente allí donde la muerte ya comenzaba a hacer presa.

Pero, mientras que los humildes lo oyen y se alegran (Sal 34,3), los hartos y satisfechos se escandalizan y se alejan. Las riquezas ahogan esta alegría, porque buscan su fuente donde no está, porque nos separan de Dios y de los otros y nos hacen poner nuestro corazón en tesoros que no sacian la vida. Contrasta la alegría de los pobres, enfermos y excluidos, con la actitud de dureza, desconcierto y enfado de aquellos que creen estar a bien con Dios y no necesitar de nada (Lc 5,30; 6,11).

Es una alegría que pasa por la puerta de nuestra pobreza, que nace al reconocer quién es Aquel que pone su mano buena sobre el mundo y quiénes somos nosotros. La alegría del ciego, del sordo, del paralítico, de la pecadora perdonada... La dicha inmerecida del que descubre que su debilidad, su enfermedad, su pecado, ha sido el imán que lo ha atraído hacia el Rostro Abierto del Amor que no pone condiciones.

La alegría del Evangelio es suave y ligera; no podemos comprarla ni poseerla, pues se ofrece gratuitamente. La encontramos cuando vamos de camino. Nos visita, de pronto, cuando acogemos al inmigrante y nos sorprende el Huésped, cuando vamos a ver al preso que nos libera; ofrecemos al desnudo lo que tenemos, y él nos viste de dignidad; alimentamos la vida de los que tienen hambre de pan y de afecto, y nos ofrecen un banquete como el que nunca habríamos podido imaginar (Mt 25,35-40). Serán ellos los que escriban nuestros nombres en el cielo, en el corazón del Padre-Madre de todos.

Si buscamos la propia alegría, la perdemos; se nos regala inesperada y nueva, cuando lo que intentamos, lo que deseamos torpe-

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 13

mente y con todas nuestras fuerzas, es lograrla para los demás. Si fue en el contacto con endemoniados, tullidos, excluidos, mujeres heridas... como Jesús experimentó esta alegría, ¿será muchas veces la tristeza que nos invade la señal de que andamos lejos de ellos, de que nuestras vidas no se ven tocadas en lo concreto por las suyas, de que nuestro afecto no está impregnado por su presencia? Ellos son el lugar de su morada; si queremos beber del agua viva de la alegría, necesitamos acercarnos y pedirles. Porque así le ha parecido bien a Él (Lc 10,21)[7].

5. Una alegría herida

Cuando, en el evangelio de Juan, Jesús se encamina al momento de mayor sufrimiento y desamparo de su vida, va a evocar y a identificarse con la situación de una mujer al dar a luz. El gozo por el nuevo ser que viene al mundo le hará olvidar el sufrimiento; pero sin dolor no puede producirse el parto (Jn 16,21).

Jesús quiere animar a los discípulos a que no se dejen abatir por la tristeza en medio de las situaciones difíciles que vendrán: *«estáis tristes»* (Jn 16,22). ¡En cuántos momentos y ocasiones de nuestra vida y de los acontecimientos que escuchamos y vivimos, podemos decirle que *«sí»*, que nos duelen muchas realidades de nuestro mundo y de la propia existencia...! Y Jesús nos dice el motivo por el que esta tristeza que viene pasará: *«volveré a veros, y de nuevo se alegrará vuestro corazón con una alegría que nadie os podrá quitar»* (Jn 16,22).

Emociona que lo que más alegría le da sea, a la vez, lo que va a suponer que él tenga que perder para que ganemos nosotros; que su

7. Nunca se me olvidará lo que Celia, una mujer chilena, me dijo mientras veíamos la historia de Tamar y me comentaba que una prostituta las había acogido a ella y a su madre en su casa: *«Hermana, ¿sabe usted por qué Dios elige mujeres como esa que sale en la Biblia y mujeres como nosotras? Porque los ricos, en cuanto les ocurre algo, se ponen mal, se deprimen, y se vienen abajo. Nosotras, como nos pasan tantas cosas y no nos echamos a morir y salimos adelante... A lo mejor por eso Dios cuenta con nosotras»*. En el tiempo que tuve la suerte de compartir con esta gente, descubrí una alegría sencilla que no puede comprarse con nada: la del gusto por estar vivo, compartiendo lo poco que se tiene y haciendo de ello una fiesta. Era como si el Evangelio *se cumpliera* e irrumpiera inesperada la alegría del Dios que ha querido tomarlos como suyos.

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 14

deseo profundo de darnos vitalidad (Jn 10,10), de darnos su misma vida, vaya a estar teñido, a la vez, de gratitud y de dolor. Jesús en su pasión es, al mismo tiempo, *bienaventurado y sufriente* (Catalina de Siena).

En buscar nuestra felicidad está su dicha; es la voluntad del Padre por la que vive, y murió de amor para que pudiéramos creernos esto. Le ha dolido hasta la muerte este gozo en el que nos adentra. Nadie tiene alegría más grande que el que recibe esta vida sin medida, se vacía para dejarla entrar y se dispone a que pueda curarlo y pasar a otros, engendrarla en otros, con los mismos dolores y la misma esperanza. Dejar que la alegría de Jesús se complete en nuestra vida (Jn 15,11).

Y esta alegría nada puede arrebatárnosla, porque hasta lo necrosado de nuestro corazón, al sehol de las sociedades, ha bajado el enterrado por Amor para devolvérnosla. Ha pasado por todos nuestros temores, para que ninguno pueda quitarnos la anchura y la profundidad de este gozo que nos ofrece[8].

Nos acontecerá por sorpresa cuando el Resucitado nos visite (tal vez en el rostro de un desconocido), nos cure nuestras ansias y temores y traiga paz a nuestro corazón dividido. *«¡Ánimo! Soy yo. No tengáis miedo»* (Mt 14,27), nos dirá en medio de nuestras tormentas. Reconoceremos esta Alegría porque viene herida, emerge de un amor que no transforma sin dolor, y no podremos llevarla a otros sin que algo nos duela.

6. Humildemente felices

Pablo está en la cárcel cuando escribe una carta a la comunidad de Filipos exhortándoles, paradójicamente, a la alegría. ¿Cuál es el motivo para estar alegres cuando las penalidades y las desgracias son evidentes? Que es una alegría *en* el Señor y que *él está cerca* (Flp 4,4-7), y eso basta. Es también una alegría transida de oración (Flp 4,6; 1 Tes 5, Col 1,11). Sólo permaneciendo en Él podemos

8. Teresa de Lisieux compone su propio *himno a la alegría* cuando va a entrar en los sufrimientos de su enfermedad y de su *noche.* Ella escribe: «A pesar de esta prueba que me roba todo goce, aún puedo exclamar: "tus acciones, Señor, son mi alegría" (Sal 91,5). Porque ¿existe alegría mayor que la de sufrir por tu amor?». En la poesía titulada «Mi alegría», escrita el 21 de enero de 1897, concluye así: «Jesús, ¡mi única dicha amarte!». *Diccionario de Santa Teresa de Lisieux,* Ed. Monte Carmelo, Burgos 1997, pp. 24-26.

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 15

esperar la alegría en medio del sufrimiento. Es el testimonio preciosísimo que nos han dejado las primeras comunidades[9]: la alegría, más fuerte que cualquier temor, que viene de saber que nada podrá separarnos de su amor injertado en nuestra vida, hasta en la última célula que nos recorre, en todo lo que muere y en todo lo que vive.

La inmensa alegría de experimentar que ha entrado en la historia, asumiendo lo humano desde abajo de tal modo que no hay nada que haya quedado fuera de su manifestación. La dicha de descubrir que incluso las realidades que nos aíslan, las que nos quitan el gusto por vivir y la libertad, la posibilidad de solidaridad con otros, lo que sería una *prisión,* una cárcel para uno mismo y para los demás, puede llegar a convertirse en *camino.* Porque a través de todo podemos, o bien alejarnos de Él y entristecernos, orientando el corazón hacia nosotros mismos, o bien volvernos hacia su Rostro, dejar que ponga sus manos sobre nuestras vidas, con todo su espesor y su ambigüedad, y sentirlas acogidas así.

No pide que vayan a Él los fuertes, ni los seguros, ni los perfectos, ni los que lo tienen todo claro... Sino que dice de muchas maneras: «Venid a mí los cansados, los agobiados, los abatidos, los entristecidos, los indecisos, los lastimados...». ¿Vamos a perder esta oportunidad?. No dejemos que el temor o la vergüenza nos priven de ella. Porque en esa relación, en ese *volvernos hacia su Rostro,* se oculta la perla fina de nuestra alegría.

Despertamos a la realidad de que nada en nosotros es obstáculo para el encuentro con Él, que todo deviene *lugar de paso* para dejarnos abrazar por un amor mayor. La alegría nace de esta unificación de la vida por el Amor, cuando tenemos, o queremos tener, el corazón girado en una única dirección, vuelto hacia el Único Necesario. Y allí donde hay alegría, hay gratitud honda, porque sabemos bien dónde está la fuente.

La alegría se nos muestra en la Biblia, no como una adquisición o como un logro, sino que tiene que ver con un *dejarnos conducir,* con un *ser llevados* a un estado de aceptación, de reconciliación con lo disonante de la propia vida y de la historia. Porque por unos instantes podemos percibir la realidad bajo Otra mirada y ver su fondo último transfigurado, *ordenado* y sanado en la Trinidad. Sostenido y abrazado por Aquel que la conoce y la ama hasta el fondo.

9. «Soportadlo todo con paciencia y entereza, llenos de alegría» (Col 1,11). Véase también 1 Tes 1,6b; 1 Pe 4,13-14.

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 16

Y esto acontece cuando tenemos experiencia de haber sido librados sin merecerlo, por pura gracia (Ef 2,4). Cuando el Espíritu nos va tomando suavemente, a pesar de nuestros entrampamientos y resistencias, y nos va adentrando en la vida silenciosa y sencilla de la Trinidad, en esa Relación Sin Medida, origen de todo gozo y de toda fecundidad (Jn 17,21-24).

Es una felicidad humilde, porque no nos pertenece, nos es dada, y crece con la aceptación de la tierra que somos y no otra, de este campo nuestro por el que Alguien, por la alegría que le da, ha vendido todo cuanto tiene para comprar el tesoro que esconde (Mt 13,44-45). Lo contrario de esta felicidad no es la tristeza, sino el miedo. ¿Qué le llevó al tercer hombre de la parábola a guardar su talento? (Mt 25,14-30). El temor ante la imagen estrecha y rígida que tenía de su amo. Este miedo impidió que le confiara lo Suyo.

«Entra en el gozo (xara) *de tu señor»* (Mt 25,21), dirá a los que se fiaron y arriesgaron. ¿Y qué es ese gozo, sino ver desplegados los talentos de nuestra vida: la salud, la educación, el trabajo, la dignidad, la justicia, la paz, el respeto por la integridad de la creación y la reverencia por cada ser humano que habita en esta tierra? Entrar en el *banquete del Reino* es nuestro destino, y no podemos acceder allí sin los otros. Sabremos que estamos cerca cuando, en medio del trajín del propio ego y de los temores de cada día, nos invada un gusto grande por vivir. El asombro y la alegría de existir, de poder amar aunque sea torpemente, y de sabernos amados en exceso, *precisamente* en nuestra mayor debilidad.

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 17

ST 90 (2002) 825-834

La pérdida que nos poda y la alegría

Benjamín GONZÁLEZ BUELTA, SJ*

1. Una parábola de pérdidas y de alegría

Juan nos ofrece una parábola que nos permite entrar en el misterio de la alegría evangélica (Jn 15,1-17). La poda conduce a la alegría en esta imagen de la viña, en la que nosotros somos los sarmientos, esas ramas largas, ágiles y firmes donde aparecen los racimos. La vid es Jesús, nuestro hermano solidario, en quien vivimos injertados. Y el Padre es el agricultor que nos poda. El fruto y la alegría que encontramos dentro de nosotros nos llega fluyendo desde la vid, como un don que Jesús comparte con nosotros. *«Os he dicho esto para que participéis de mi alegría, y vuestra alegría sea colmada»* (Jn 15,11).

Experimentamos constantemente pérdidas, disminuciones, amputaciones, despedidas, límites, desapariciones... *Vivimos las pérdidas como auténticas mutilaciones del yo, de nuestras instituciones y de la vida.* Algo ligado a nuestra identidad, a nuestra imagen pública o a las instituciones con las que nos identificamos se va camino del basurero, del olvido o del fuego donde arde lo que ya no sirve para nada.

Esta poda necesaria aparece como camino hacia el fruto y la alegría. Existe una alegría que nos llega desde el don que los demás nos regalan como expresión de su amistad, de su comunión con nosotros. Pero una es la alegría de recibir un racimo de uvas, y otra muy distinta desprenderse de él y regalarlo después de producir, cargar y alimentar día a día ese racimo hasta que madura. Una es la alegría de la posesión tangible y nuestra, y otra muy distinta la que crece en el hueco del desprendimiento y de la pérdida.

En la cultura de la voracidad compulsiva de alimentos, imágenes, noticias y novedades que alivien el tedio cotidiano, en la lógi-

* Superior Regional de los Jesuitas en Cuba. La Habana.

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 18

ca de la competencia y la acumulación como criterio de autoestima, en el narcisismo que se contempla sin mancha ni arruga en el espejo, en medio del hedonismo rodeado de goces inmediatos en el borde de la piel, *no es fácil imaginar que el paso por la pérdida pueda ser un camino hacia la alegría.*

2. Las pérdidas abren espacio a la vida nueva

Entre muchas posibles *situaciones de pérdida,* escojo tres que a todos nos conciernen con desigual intensidad, en la persona, en la sociedad y en la Iglesia, y que se pueden *convertir en ganancia.* Es cierto que pueden paralizarnos en la queja recurrente por los malos tiempos que vivimos, en la añoranza del pasado o en posturas defensivas; pero también nos posibilitan experimentar la llegada de la vida nueva que enciende nuestra creatividad y nos llena de alegría.

a) Nuestro proceso de *crecimiento personal* nos revela un constante despojarnos de costumbres, lugares familiares, modos de relacionarnos con las personas queridas..., que nos acompañaron durante una etapa, pero que ahora nos aprietan como andamiajes estrechos que se nos han quedado pequeños y ya nos impiden crecer.

Con la edad van surgiendo los límites físicos, psicológicos, morales, religiosos, como desperfectos que atentan contra nuestra imagen ante nosotros y ante los demás. Algunos límites podemos repararlos, pero otros se instalan en nuestro organismo o en nuestro espíritu como compañeros de viaje para toda la vida.

Cualquier intento de ignorarlos o de negarlos se vuelve contra nosotros, porque los límites crecen entonces desmesuradamente en las propias sombras como fantasmas, como una amenaza clandestina. Es inútil maquillarlos cuando nos relacionamos con los demás, porque siguen vivos delante de nosotros. Sólo nos queda aceptarlos y acogerlos dentro de nuestra propia persona como la única manera de que no anden sueltos por nuestra intimidad erosionando nuestra consistencia y nuestra alegría.

La tendencia que tenemos a vivir sin limitaciones y ser, en último término, ilimitados sólo se puede satisfacer en el encuentro y la comunión con el Ilimitado. Cualquier otro intento está condenado al fracaso. En esa comunión percibimos los límites como algo real

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 19

y nuestro, pero los vivimos como abrazados dentro del misterio de perdón y plenitud que nos llega desde Dios incesantemente. En el límite percibimos que Dios es la causa de nuestra alegría.

b) En los últimos años hemos vivido *una pérdida que ha estremecido nuestra manera de situarnos en la sociedad y en la historia:* la gran utopía de una sociedad justa, donde los pobres de la tierra tuviesen su espacio, se diluyó. De repente experimentamos que el dinamismo que sentíamos dentro de nosotros, que focalizaba nuestros pasos y estructuraba nuestras decisiones, había desaparecido del horizonte. Predicamos la llegada del reino de Dios, pero desde los países más poderosos llegó el neoliberalismo, profundizando las injusticias y excluyendo a los más empobrecidos.

Muchos se han visto inundados por un desencanto paralizante. Algunos dejan de luchar y se adaptan al único mundo que existe. Otros se empeñan en repetir con añoranza el mismo discurso antiguo con cambios que parecen sólo epidérmicos.

Pero muchos han hecho una nueva experiencia. Agotado su propio discurso, empezaron a mirar al pueblo con una mirada menos condicionada por la propia ideología, y han aprendido a contemplar cómo surgen desde el fondo de la realidad nuevas utopías movilizadoras que germinan a su tiempo, en su propia tierra, y que respetan mucho más lo que el pueblo realmente es, puede y decide. El reino anunciado por Jesús no es cerrado como las ideologías, sino abierto a los dinamismos que el Señor de la historia va suscitando en cada momento. La comunión con este dinamismo que atraviesa toda la realidad y pasa por el mismo centro de nuestra persona nos empapa de sentido y de alegría, como el que encuentra el tesoro escondido entre la tierra de la cotidianeidad, y nos permite perdernos gratuitamente en el reino de Dios, porque hemos hecho la experiencia de que el horizonte ya está creciendo de manera inagotable en nosotros y entre nosotros como el centro último de nuestra historia.

c) En medio del proceso de cambio vertiginoso que experimentamos, *la comunidad eclesial* ha perdido una dosis muy grande de su espacio, sobre todo en los países de Europa, donde tuvo hasta hace poco su hogar privilegiado y su centro de difusión en el mundo entero. Muchos templos medio vacíos, con personas adultas y litur-

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 20

gias de supervivientes; las burlas y los ataques a la Iglesia en los medios de comunicación; la distancia entre el lenguaje religioso y la cultura de la modernidad y la postmodernidad; la disminución de las vocaciones a la vida religiosa...: todo ello nos hace experimentar una pérdida muy significativa.

En reacción contra la presencia poderosa de la cultura secularizada occidental, han surgido en el mundo fundamentalismos radicales, armados y entrenados para el terror, que pretenden imponer a todos, en nombre de Dios, su modo de concebir la religión y la sociedad.

Dentro de nuestra Iglesia existen también otros fundamentalismos menos agresivos, pero que no abren sus puertas y ventanas al mundo de los «otros», donde el Espíritu de Dios también alienta el futuro sin descanso. No quieren sentir sus vidas «alteradas» por la diferencia. Se afirman en grupos eclesiales compactos y bien estructurados, con verdades bien definidas, organizados en torno a una obediencia vertical y autoritaria. Son grupos que toleran otras verdades al lado de la suya, pero no las respetan, es decir, no las miran de tú a tú de tal manera que sea posible la acogida y el diálogo, sino que se dirigen a ellas desde la suficiencia de los que se consideran superiores y seguros dentro del arca. Fuera está el diluvio y el terreno cenagoso. Se dirigen a los «otros», más con la afirmación de su verdad que con la admiración contemplativa y la pregunta abierta. Se sitúan en el mundo, pero sin mostrarse accesibles y vulnerables en medio de él para la cercanía y el diálogo, como Jesús, que arriesgó su existencia en medio de nosotros por caminos y plazas. Por eso mismo ofrecen seguridad a sus miembros, y eso les permite ser exitosos en un mundo tan confuso, aunque, al parecer, a un alto precio de verdad evangélica.

Pero otras comunidades eclesiales han encontrado al mismo tiempo la relación cálida dentro y el trabajo respetuoso en el mundo fuera. Afirman la fe que llena de sentido su vida, maduramente asumida por cada persona en la comunión con Jesús y en el diálogo fraterno confiado y abierto. La experiencia religiosa, que no puede ser sustituida por ningún aprendizaje catequético ni por ninguna ordenanza, da consistencia a su fe y dinamiza la relación con el mundo, con otras culturas y religiones. Tienen una clara misión en el mundo y no se quedan reducidas sólo al culto y al proselitismo que engrosa las filas de los creyentes, sino que trabajan por un cambio social, porque «otro mundo es posible». Los excluidos de este mundo son

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 21

su punto de referencia permanente como lugar de contemplación, de reflexión teológica y de compromiso, para comprender a Jesús y comprenderse a sí mismas. El mundo injusto, poderoso y violento las atacará de diferentes maneras, pero el miedo no les raciona la palabra ni les cierra las puertas, sino que la alegría de la resurrección les abre a toda realidad. La vida entra hasta el centro mismo de la comunidad por sus puertas sin cerrojos y busca expresarse en una liturgia alegre, siempre disponible a las sorpresas del Dios de la vida.

3. Itinerario desde la poda hasta la alegría

Desde la poda hasta la alegría hay un tiempo que pasar y un itinerario que recorrer. Con el tiempo y la experiencia espiritual, se puede asentar en nosotros la alegría como una certeza, como un sentir sustancial en que se van sufriendo las podas dolorosas y nuevas. Pero vamos a detenernos en ese itinerario de la alegría.

Se poda un árbol que tiene vida, que ha experimentado la exuberancia de las hojas y de los frutos. Siempre el golpe afilado del hacha sobre el tronco es doloroso y se vive como una agresión que viene a desprendernos de algo nuestro. Se corta por lo sano, por donde duele.

Cuesta ver partir hacia la nada la rama seca que se corta y se echa al fuego, porque es el recuerdo de los tiempos en que una parte de nuestra existencia fue bella y fecunda. Se parece a esos caserones viejos y deteriorados, como cascarones vacíos, que en otros tiempos cobijaron la vida familiar que todavía hoy sigue alimentando nuestra existencia.

Pero resulta más doloroso cortar la rama verde que está en la plenitud de su vida, que acaba de brindarnos una cosecha excelente. Cuando la cortamos, todavía la savia fresca sigue llegando hasta el borde del tajo reciente.

El podador sabe que está preparando una vida nueva y de más plenitud. Pero es doloroso, se produce una pérdida, y es necesario hacer el duelo y despedirse de lo que inevitablemente perdimos. Algunos llevan sus muertos colgados de las cruces, sin poder desprenderse del dolor. Necesitamos bajar de la cruz a nuestros muertos, mirarlos de frente, sepultarlos y despedirnos de ellos para que la vida nueva pueda extenderse con libertad.

Podados por el lugar exacto que el agricultor experto ha escogido, *seguimos fielmente pegados al tronco,* desde donde nos llegará

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 22

la vida nueva. En momentos especialmente críticos, nos miramos a nosotros mismos y nos vemos tan despojados de lo que más estimábamos que nos parece imposible que la vida pueda seguir; que de ese muñón minimizado puedan volver a nuestra existencia una eficacia y un esplendor más fecundos que nunca.

> «Permaneced en mí, y yo en vosotros. Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí solo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mí» (Jn 15,4).

La permanencia en Jesús, al recibir el amor creador que nos llega desde él, es la posibilidad de *dar «mucho fruto»* (Jn 15,5). Puede ser difícil. En esos momentos de dolor nos damos cuenta de que la poda ha llegado precisamente por estar firmemente adheridos al tronco, por ser una rama llena de vida evangélica. Seguir unidos a la vid se percibe como una amenaza, como dejar nuestra vida expuesta de nuevo al riesgo del hacha, precisamente por dar fruto generoso.

Antes de la poda, el fruto se ve como algo natural, como hijo del propio esfuerzo y de las propias condiciones. Después de la poda, reducidos a ese muñón vegetal pegado al tronco sin hojas ni flores, el fruto es percibido como un milagro, como un don que llega desde más allá de nosotros mismos, como un regalo. Inevitablemente, esta constatación nos pone en nuestro lugar, y preferimos no apropiarnos de lo que tiene su origen en la vid y en el agricultor que la cuida. Con más transparencia, nos vivimos a nosotros mismos como don y nos vamos haciendo entera referencia hacia el *Padre de bondad que es el origen de todos los bienes.* «Mi Padre será glorificado si dais fruto abundante y sois mis discípulos» (Jn 15,8).

Así llegamos a la *alegría sustancial,* última, la que tiene su fundamento más allá de nosotros mismos, la que llega caminando por los capilares como la savia desde el tronco al que estamos unidos. «Os he dicho esto para que participéis de mi alegría, y vuestra alegría sea colmada» (Jn 15,11). Participar de la alegría de Jesús, de la alegría que él afirma en ese momento en que su vida se encamina hacia la pasión desgarradora y la muerte, es haber conectado la existencia con el Dios de la vida.

Esta alegría ya no se vive como un don aislado, particular, sino como parte de un organismo vivo, de una comunidad de discípulos a los que Jesús llama «amigos», por los que él mismo está dispuesto a sufrir la pérdida mayor, pues «nadie tiene amor más grande que

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 23

el que de la vida por los amigos» (Jn 15,13). *El discípulo no cierra el puño sobre la alegría como si fuese una posesión particular, porque sabe que es un don comunitario que se comparte.* Desde esta experiencia, el discípulo comprende que dicha alegría nos libera para nuevas pérdidas, para nuevos riesgos, sin querer guardar la propia existencia como una posesión blindada contra todas las amenazas. Y en la medida en que somos liberados del miedo a perder algo de nosotros mismos o a perdernos en la misma muerte, en esa misma medida la alegría va creciendo en nosotros hacia la pureza y la plenitud. Somos podados para un fruto más abundante y para la alegría sustancial.

En contra de todas las lógicas de apropiación que promueve el mercado como camino de realización humana, Jesús propone el camino de la desapropiación y de la pérdida. La acumulación desmedida, el consumo frenético, insolidario y malversador, conducen al vacío y a la tristeza. «¡Ay... de los que comen carneros, canturrean al son del arpa, inventan como David instrumentos musicales, beben vino en copas, se ungen con perfumes exquisitos y *no se duelen del desastre de José*!» (Am 6,5-6). Se vende la distracción, el goce, la evasión a paraísos extraños; pero la alegría sólo puede brotar desde el centro de nuestra persona cuando nos conectamos con el verdadero sentido de la vida, con el don entregado de lo que somos y tenemos, porque amamos la vida de todos, sin excluidos de ninguna clase, como Dios mismo, «amigo de la vida» (Sab 11,26). Nuestra alegría no puede ser auténtica cuando necesita aislarse y defenderse de los sufrientes y empobrecidos de este mundo. Mucho menos si es depredadora de las vidas y los bienes de los demás.

4. La «perfecta alegría»

San Francisco de Asís nos habla de la «perfecta alegría». Afirma que si él llega al convento de noche en medio de la oscuridad y del frío del invierno, y llama a la puerta del convento, pero le dice el hermano portero que se vaya, que no lo conoce, y lo echa lejos con golpes y amenazas como si fuese un impostor, si todavía se conserva alegre, es que ha llegado a la perfecta alegría.

La poda es una imagen de cirugía. El podador estudia y da el corte limpio por el lugar preciso y en el tiempo favorable. Pero hay pérdidas que no se realizan con ese cuidado de quirófano. A veces

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 24

llegan rachas de maldad y de violencia que descargan su furia contra la vida de los justos y de los pobres como si fuesen las ráfagas de un ciclón que rompe y desgarra las ramas por cualquier parte. Después queda el árbol desmantelado, como una imagen trágica de superviviente.

Pueblos enteros quedan atrapados en espirales incontenibles de violencia y destrucción. El odio ciego descarga de mil maneras sus golpes sobre los inocentes. La arbitrariedad de los poderosos ensancha sus cercas de propiedad abatiendo árboles, viviendas y campesinos.

En estas situaciones es imposible decir que es Dios el que poda. Él no es quien mueve las tijeras o el hacha. Pero sabemos que Dios asume esas situaciones de destrucción extrema de la vida humana al encarnarse en el abajo de la sociedad y padecer él también, en su Hijo Jesús, los golpes del odio irracional. *Es este Dios, hecho debilidad y pérdida, el que nos puede salvar y devolver la alegría.* Por alguna parte su Espíritu impulsará resurrección. Son frecuentes en la Biblia las peticiones desgarradas de los que expresan su dolor en imágenes de animales salvajes, de toros, leopardos o leones que se abaten sobre su vida. Dios asume esas rupturas y nos salva de las fuerzas de la muerte y de la sepultura. Dios asume con nosotros esas podas salvajes que él nunca ejecutó.

Con frecuencia encontramos a personas que han asumido la causa de los pobres, que viven en contacto con su realidad, pero no tienen un rostro abatido ni carcomido por la tristeza. En el fondo de su existencia existe la paz y la alegría. Entre las arrugas que el sufrimiento ha surcado en sus rostros asoman unos ojos que transmiten la paz y la alegría del Resucitado. Lo opuesto a la alegría no es el sufrimiento, sino la tristeza.

Encontramos a médicos y enfermeras que se mueven entre enfermos terminales taladrados por el dolor, con una atención exquisita y una presencia amable y sonriente, afirmando así otra dimensión de la vida más honda que el dolor y la muerte, que aparecen en esos momentos como vencedores desalmados y absolutos.

Muchas comunidades de excluidos, sometidos a las carencias y golpes de la miseria, celebran la eucaristía como una fiesta. No son ignorantes e ingenuos. Son lúcidos sobre los mecanismos de la sociedad que pesan sobre ellos. Tampoco se han construido un ghetto donde aislarse de las tensiones de la miseria, a la espera de la venida del Señor, sino que viven confrontando las estructuras e ins-

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 25

tituciones de injusticia con su compromiso. No son arrebatados por el fervor de iluminados pasajeros, sino que viven una alegría probada y purificada por muchos años de trabajo evangélico en el basurero de las grandes ciudades.

La alegría puede ir creciendo y purificándose cada día más en la vida del seguidor de Jesús. La «perfecta alegría», como le llama San Francisco de Asís, es el horizonte de la pascua que ya se va convirtiendo ahora en sustancia última de la existencia cotidiana.

Ésta es la alegría que mueve el discurso de Pablo escribiendo a los cristianos de Filipos desde el rigor de la cárcel y la incertidumbre de una posible sentencia de muerte: «Tened siempre la alegría del Señor; lo repito, estad alegres» (Flp 4,4).

5. La alegría es un don del resucitado de entre los muertos

Disfrutamos alegrías pequeñas e inocentes como juegos de niños. Alegrías menudas y fugaces como destellos, sonrisas sin complicaciones, saludos sin agendas escondidas, felicitaciones gratuitas que no son parte de ningún escalafón. Agradecemos los goces sencillos del sol y de la playa, de la brisa y de los frutos que nos re-crean la vida gastada.

Pero estas alegrías son posibles cuando existe un sustrato último y pascual que las sustenta y las hace veraces, que las sitúa sin miedo de fondo, sin amenazas difusas e invencibles. Precisamente las alegrías pequeñas y cotidianas cobran un sentido nuevo de regalo recibido cuando ya no son una evidencia, cuando sabemos que pueden desaparecer porque hemos surgido de enfermedades o conflictos que nos impedían saborear las cosas sencillas y las operaciones más elementales de la vida, como respirar sin angustia, caminar o contemplar los colores de las calles.

La pasión del amor, que está dispuesto a perderlo todo por los que ama, es lo que en definitiva ayuda a crear la alegría, a valorarla, a hacerla crecer y a compartirla sin tarifa alguna. Jesús expone esta parábola de la vid a sus discípulos precisamente cuando su vida se precipita hacia la perdición, no por un desencanto de la vida, sino por un amor apasionado a la existencia que nos regala el Dios de la vida. Sólo la pasión del amor hace coexistir, en un mismo fuego que los funde en una unión misteriosa e indisoluble, el dolor y la alegría,

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 26

el amor a la vida y el riesgo de perderla, el amor a los amigos y la audacia de dejarlos, las afrentas de los enemigos y el valor para morir por ellos.

La alegría es un don del crucificado que ha resucitado, que ha vencido desde dentro la pérdida mayor, la muerte misma, y que nos invita a acoger su alegría sin quedar presos del miedo a las pérdidas que nos podan (Lc 24,41). No sólo somos responsables del trabajo difícil y doloroso; *somos responsables de la alegría* que se nos ha dado para poder ser testigos, en medio de nuestras pérdidas, de la resurrección de Jesús, que ya ha ungido ahora nuestra hondura lacerada con su sabor de eternidad festiva.

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 27

ST 90 (2002) 835-848

«Locos de alegría, abandonar a toda prisa los sepulcros» (Mt 28,8)

Trabajándose el optimismo y acogiendo la alegría verdadera

José María FERNÁNDEZ-MARTOS, SJ*

«Para que una habitación esté templada
es necesario que el fogón esté al rojo»
(G. Bernanos)

La alegría no es barata. El optimismo tampoco. Ambos se construyen ladrillo a ladrillo. La alegría anda asediada por oleada gigante de malas noticias globales y, lo que es peor, por una epidemia de pesimismo. La chispa de Coca Cola no vale. Es necesario trabajarse una recia alegría, un combatiente optimismo que sepa defenderse como se defienden las trincheras. Recostarse aplatanadamente sobre los muros de una Iglesia de la que sólo se oyen quejidos, no da para la alegría de la que aquí hablo. Propondré algunas ideas para trabajarse el optimismo y para acoger la alegría verdadera.

Es verdad que hay mucho sufrimiento, que hasta el lenguaje sabe a pólvora y que el hambre es azote de media Humanidad; pero también lo es que la hierba sigue creciendo de noche. A Teresa de Ávila le llegaron nuevas de la catástrofe de la Iglesia con la irrupción primera del Protestantismo. Nada de gestos de espanto y derrota. ¿Qué hacer?: «...determiné hacer eso poquito que yo puedo y es en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda perfección que yo pudiese y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo».

Vivimos una auténtica epidemia de depresión. Muchos sociólogos de la salud piensan que hemos pasado de la era de la ansiedad

* Profesor de Psicología en la Universidad Pontificia Comillas. Madrid.

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 28

a la era de la melancolía[1]. Algunos datos: Casi un tercio de los chicos de 13 años tienen síntomas claros de depresión y, para los de 15, el 15%. La probabilidad de que una persona nacida después de 1955 tenga una depresión es tres veces mayor que la de sus abuelos. Sólo un 1% de los nacidos en Estados Unidos antes de 1905 fueron depresivos. Hoy día se llega a un 6%. En una investigación hecha con 39.000 personas, la probabilidad de que los nacidos entre 1945 y 1954 tengan depresión antes de llegar a los 34 años es diez veces superior a la de los nacidos entre 1905 y 1914. En niñas de 10 a 13 años, el índice de depresión es del 8 al 9%. Las principales *razones que se dan para esta epidemia de depresión* son:

* Se ha pasado de una sociedad de «lograr» cosas luchando, a otra de «sentirse bien», y así ha bajado el espíritu de lucha y la tolerancia a la frustración.
* Búsqueda ansiosa de sentirse bien con aumento de libertad = consumismo, drogas, psicoterapia, satisfacción sexual, etc.
* No atraen cuatro grandes horizontes: Dios, nación, familia y deber. Fuerte erosión del núcleo familiar y número de divorcios duplicado, con pérdida de modelos válidos de ser y mayor indiferencia de los padres hacia los hijos. Según F. Goodwin, Director del Instituto Nacional de Salud Mental de USA, «la pérdida de una fuente sólida de identificación es la principal causa de la depresión».
* La inestabilidad laboral es otra fuente de depresiones. Las empresas se deshacen del personal sobrante con gran frialdad y sin respeto por los problemas humanos.

Ante esta epidemia, muchos psicoterapeutas se limitan a cubrir déficits psicológicos. No basta: hay que ayudar a encontrar sentido en la vida. Los psicólogos ayudamos, a veces, a arreglar escaparates de tiendas que no saben si vender es lo suyo. Faltan pedagogos del alma.

1. Cf. «¿In the age of melancholy?»: *Psychology Today* (Abril 1979), pp-37-42. Hay cuatro grandes análisis de ese dramático aumento del número de deprimidos.

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 29

1. Introducción. Clarificando términos: alegría, optimismo, felicidad

Siendo conceptos, más o menos vecinos, acudo al «María Moliner» y añado breves glosas.

De la *alegría* se nos da un doble sentido: «sentimiento que produce en alguien un suceso favorable o la obtención de algo que deseaba o que satisface sus sentimientos o afectos ("me alegro de tu vuelta")» o, más establemente: «cualidad o estado de ánimo habitual del que se siente bien en la vida, tiene tendencia a reír y encuentra fácilmente motivos para ello» ("la alegría de esa muchacha es contagiosa")». A ésta nos referiremos. No hablamos de ser divertidos. La diversión y la alegría se relacionan como superficie y profundidad. La alegría es profunda porque afecta al punto anímico central del ser humano y lo abarca por entero. La auténtica alegría proporciona a nuestras percepciones un brillo especial, da luz nueva a la existencia, tanto a su pasado como a su futuro. La diversión está ligada al momento. La clave de la alegría está en descubrir que tenemos alma y que paga amueblarse por dentro y explotar las dimensiones del espíritu. La vida no es aburrida; somos millonarios que lloramos la pérdida de diez céntimos mientras olvidamos el tesoro que encierra la bodega de la condición humana.

Alegría no es igual a *sentido del humor*. Se puede tener una sin el otro, aunque cierta dosis de humor ayuda a mantener la alegría. El humor no es cosa de broma, pues da una cierta invulnerabilidad que ayuda a la alegría. El humor se niega a que el sufrimiento o la frustración se impongan, e incluso puede trazar una pirueta en circunstancias traumatizantes. Según Lersch, el humor ve lo humano en su insuficiencia con respecto a Dios, pero es el espejo del amor que Dios profesa a su creación. El humor es amor y piedad hacia el mundo, allí donde muestra sus defectos.

Del *optimismo* nos dice el Diccionario que es la «propensión a ver o esperar lo mejor de las cosas». No es decirse cosas bonitas a uno mismo ni proclamar que el mundo es de color de rosa. El optimismo sólido supone adquirir un sistema sano de explicación de las *causas* de por qué ocurren las cosas. No es un sustituto barato de la esperanza. La indeterminación de todo porvenir es elevada por el optimista a la esfera de la esperanza o de la certeza. El optimista quiere mejorar el mundo. No es cierto lo que García Lorca decía del optimismo: «propio de las almas que no ven el torrente de lágrimas que nos rodea, producido por cosas que tienen remedio». El opti-

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 30

mismo sano es flexible y capaz de reconocer las situaciones prometedoras y las que anuncian que tal desastre va a ocurrir, aunque huye de la desesperanza incapaz de representarse un futuro mejor. El constructivismo nos ha enseñado que no son los hechos en sí, sino las interpretaciones que de ellos hacemos, las que determinan nuestra visión del futuro. Hay que fomentar visiones positivas del futuro. Las investigaciones sobre el suicidio muestran que hay mayor correlación entre desesperanza y conducta suicida que entre suicidio y depresión. O, de otra manera, la desesperanza predice mejor la conducta suicida que la depresión.

La alegría de la que hablamos no viene de encontrar la *felicidad,* sino que brota de *realizar con la propia vida una obra digna de la condición humana.* Es más, la búsqueda obsesiva de la felicidad es un obstáculo para ser alegre. Es paradójico que la deificación de la felicidad haya traído su misma ausencia. Hemos errado el camino al suponer que el dinero es el camino más directo a la felicidad. Para labrarse una vida auténtica hay que apartar la felicidad del objetivo central. La persona auténtica se ocupa de los valores con los que ha comprometido su existencia y se olvida de medir su propia felicidad. Paradójicamente, aparecerá muchas veces como persona feliz, aunque, lógicamente, no siempre. Por el contrario, el neurótico y el infeliz que invierte gran energía en ser, directa y explícitamente, feliz, aparece con frecuencia descontento y contrariado. La felicidad huye de la mano que se extiende ansiosa a atraparla, y se posa en la persona que se olvida de ella y que sólo está alerta a su ser auténtico. Representa lo que voy diciendo una pequeña escena de *Cristóbal Colón,* de Nikos Kazantzakis, donde Jesús responde a su Madre que intercede por Colón al verle llevar una vida tan dura en océanos de todo tipo: «¿Por qué compadecerlo, madre? Lo amo. Yo lo llamé Cristóbal para que me tomara sobre los hombros y me pasara a través del océano. Me ha tomado. Y, desde entonces, ¡ya no acepta la felicidad!».

2. Trabajarse el optimismo

Vamos a recorrer este trayecto de la mano de Martin E.P. Seligman, el más reconocido especialista sobre la educación para el optimismo[2]. No tendré en cuenta las aportaciones del movimiento por la

2. Cf. sus dos obras, *Learned Optimism* y *The optimistic child,* ambas en Houghton Mifflin Company, Boston.

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 31

autoestima o del fomento de los sentimientos positivos de Vincent Pale y otros representantes de la Psicología salugénica, que probó su vaciedad cuando la generación americana educada en ello se vino abajo con la muerte de Kennedy, la guerra de Vietnam, el Watergate y el declive del 68. Allí empezó el pesimismo de los setenta. Se centraban en cómo *se siente* el niño («soy especial porque...»; «apláudete a ti mismo»; «quiérete a ti mismo»), más que en cómo *actúa* objetivamente. Como no hay que herir su autoestima, nada de suspensos, evaluaciones, memorizar o trabajo duro. El mensaje era un sutil «me gusto, luego existo». Nathaniel Branden vio la debilidad de este sistema y apoyó la autoestima en *nuestra capacidad para pensar y lidiar los desafíos básicos de la vida (actuar bien);* es decir, el sentirse bien viene de la capacidad de controlar las cosas, de trabajar con éxito, de superar la frustración, de aguantar el aburrimiento y, al fin, ganar. Ya decía Aristóteles que la felicidad no era algo separado del hacer, pues acompaña al que está danzando bien, y no tanto al final de la danza.

¿De dónde viene el optimismo de una persona? Hay un cierto componente genético, pero de mucha menor importancia que el educacional. Es distinto decir que un rasgo es «heredable» o que es causado «genéticamente». Lo genético es ser guapo, alto o con habilidad motriz, y de aquí brota el optimismo. Todas las investigaciones muestran que la correcta educación y el favorecer experiencias adecuadas facilita el crecer en optimismo. Los padres y educadores tienen gran importancia. Por ejemplo, se critica de diferente manera a los niños y a las niñas. Carol Dweck ha averiguado que a las niñas se les critica su habilidad (rasgo permanente), mientras que a los niños se les dice que no se esfuerzan o que no prestan atención (que es temporal). De ahí que los hombres sean optimistas acerca del trabajo, atribuyendo el fracaso a causas temporales, externas y locales, pero pesimistas acerca de su habilidad interpersonal. Las mujeres, al contrario.

Pero ¿cuáles son los ejes del optimismo? Dos: *control por medio de la acción y elaboración de un pensamiento causal.*

El recién nacido llora de manera refleja, y su madre acude, pero aquél no *controla* la venida de ésta. No puede decidir llorar o no llorar. Necesita desarrollar respuestas voluntarias que apunten a consecuencias pretendidas. A los tres meses ya controla brazos y piernas, y a los dos años pasea y habla. Este *control por la acción,* o hábito de insistir ante los desafíos del entorno y superar los obstáculos, es la base del optimismo.

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 32

Con la escuela aparece el segundo eje: *pensamiento causal,* o aprender por qué se fracasa o se tiene éxito. Me explico: si un padre ayuda a su hijo atascado en el arreglo de su bicicleta y le sustituye en la tarea, diciéndole que no le importe, que él es «el niño más listo del mundo», comete tres errores: le miente, le suplanta y no le enseña el modo de interpretar su fracaso («papá, no me sale nada bien»). Bicicleta arreglada y niño escacharrado: más pasivo, más abandonado (el padre no entró en el sentimiento de inutilidad de su hijo) y más autocrítico. Debería haberle enseñado un pensamiento causal local y temporal («a lo mejor mañana será de otra manera»). ¿Cómo cambiar el *pesimismo automático de alguien?* Aprendiendo cuatro habilidades:

a) *reconocer y cazar los pensamientos* que le vienen a uno cuando fracasa;
b) *evaluar esos pensamientos automáticos* que uno se dice a sí mismo y ver si son exactos, exagerados o falsos: «siempre meto la pata». Preguntarse: ¿siempre?;
c) *buscar explicaciones más exactas a lo que nos ocurre:* «me pongo nervioso y quiero hacer las cosas deprisa»;
d) *descatastrofizar las implicaciones* o los «*y si* me ocurre tal adversidad (suspender, por ejemplo), ¿qué es lo peor, lo mejor y lo más probable que me puede pasar», tratando de visualizar muy concretamente estas tres posibilidades.

¿Cómo se diferencian optimistas y pesimistas en el pensamiento causal?

La primera diferencia es con respecto a lo que podríamos llamar *permanencia* larga o corta. El pesimista cree en la permanencia larga cuando se dan fracasos, y en la corta si se dan aciertos: «nadie me va a querer a mí nunca». El optimista, aun sin amigos, se dice: «Lleva su tiempo el hacerse amigos». El «nunca» y el «siempre» tienden a ser propios de los pesimistas en los fracasos. Cuando salen bien las cosas, el pesimista lo atribuye a una permanencia temporal corta («me salió bien el examen porque me maté a prepararlo») mientras que el optimista lo atribuye a causas permanentes («siempre apruebo porque soy trabajador y me organizo muy bien»).

La segunda diferencia es si a la causa del acierto o del fracaso se le concede una *extensión global o específica:* el pesimista, en los sucesos penosos, es global («los profesores son injustos»; «nadie

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 33

me quiere»; «todo me sale mal»); el optimista diría: «esta profesora es injusta», «no le caigo bien a Pedro», etc.). En los éxitos, el pesimista es «específico» («soy bueno en matemáticas»), y el optimista es global («soy bueno»).

La tercera diferencia versa sobre la *personalización* de la falta. Los pesimistas se atribuyen a sí mismos los fallos; los optimistas los atribuyen a causas externas. Para los éxitos, justo a la inversa.

Seligman trabaja con un modelo explicativo de las cosas que nos ocurren; él lo llama «modelo ABC»: *A* (adversidad tenida), *B* (*beliefs* o creencias desde las que interpreto lo que me ocurre: ante la distancia de la mujer, cabe pensar: «mi mujer se distancia porque no me quiere o porque algo le preocupa»); y *C* (consecuencias y reacciones de la adversidad). Las investigaciones prueban que donde nos jugamos más nuestro modo –optimista o pesimista– de estar en el mundo es en nuestras interpretaciones y creencias (*B*) sobre los hechos. Si Jonas Salk (1954), inventor de la vacuna contra la polio, se hubiese rendido, en uno de sus 605 intentos de destruir el «Treponema pallidum», cediendo a «creencias» entorpecedoras («soy un cabezota», «es incurable», etc.), no habría llegado a ese 606 intento en que lo consiguió (la vacuna se llama 606). Si evitamos los fracasos, evitamos el crecimiento. Por eso el movimiento de la autoestima produce una juventud deprimida y con poca capacidad para llegar al intento 606. Animando a éxitos baratos, producimos generaciones de fracasos muy caros. ¿No hay demasiados pesimistas en los ámbitos eclesiales porque ahora, aparentemente, el viento no nos sople favorable? Cabe trabajarse el optimismo.

3. Acoger la alegría verdadera

1. «Jesús llenó seis tinajas vacías» (Jn 2,6)

No es casual que el primer milagro de Jesús fuese aportar más vino a la alegría de una pareja. Quien vive desde la fe en la palabra viva de Dios, se apunta a la alegría. ¿Por qué no abunda ésta entre los cristianos? La alegría del cristiano parece locura a los vecinos, pero a él le importa un bledo, porque sabe el valor del «*tesoro* escondido (y por la *alegría* que le da, va, vende todo lo que tiene y compra el campo aquel) o de la perla fina *de gran valor* (va, vende todo lo que tiene y la compra)» (Mt 13,44-46). Se sabe «lleno como luna llena»,

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 34

porque ha descubierto algo que le anuncia la plenitud y se ve libre y sin ataduras para, dejando temores atrás, lanzarse a por ello. *¿Cuáles serán las seis tinajas vacías de los ambientes cristianos?:*

- *«Quedamos bien pocos de la multitud»* (Jer 42,2), le lloran a Jeremías y le lloramos nosotros por los pocos catequistas, los pocos jóvenes en nuestras iglesias, las pocas gentes que busquen a Dios con pasión, las pocas vocaciones, los pocos matrimonios estables y los pocos hijos. Porque es dura de llevar esta penuria e insignificancia social, Jeremías les avisa que la tentación será la de irse a Egipto (v. 14), donde no se pasa hambre y no hay guerras, ni se oyen trompetas que convocan. *Resistir y quedarse con el puñadito del resto es duro y, si no se dialoga con Dios, entristecedor.* Si se le merodea, en cambio, se puede oír de Él lo que Judas, uno de los Macabeos, transmite –para animarlo– a otro puñado «agotado» de pocos soldados en guerra contra un gran y fuerte ejército de gente impía y bien armada: *«No es difícil que unos pocos envuelvan a muchos, pues a Dios lo mismo le cuesta salvar con muchos que con pocos; la victoria no depende del número de soldados; la fuerza llega del cielo»* (1 Mac 3,18-19).

  ¿Maneras de *«bajar a Egipto por auxilio y en busca de su caballería y de sus carros»*? (fuertes medios económicos, ricos edificios, amistad de los potentes, vida acomodada, acumulación de recursos no compartidos...). Por ahí se cuela la tristeza, porque *«no miramos al Santo de Israel ni consultamos al Señor»* (Is 31,1).

- *«Vienen a mí llorando: "Danos de comer carne". Yo solo no puedo cargar con todo este pueblo, pues supera mis fuerzas»* (Num 11,13). Se trata de la *dureza de la tarea tomada en fidelidad a Dios.* Puede ser la madre que ve la deriva peligrosa o vacía de sus hijos fuera de la fe, o el comprometido con alguna marginación al que nadie ayuda, o la profesora de Instituto rodeada de apatía y burla, o el superior abrumado por duras decisiones no comprendidas por los suyos... Moisés mantiene su tinaja llena porque habla con Dios *«cara a cara»* (Num 12,8), pero a otros se les vacía –tensados por muchas demandas– en activismo que suple a Dios, sin *«fijarse en el que lo hacía ni en el que lo dispuso hace tiempo»* (Is 22,9-11).

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 35

Esta tinaja, quebrada por la dureza de la tarea diaria, pide mucha paciencia: *«vuestra valentía está en convertiros y tener calma; vuestra valentía está en confiar y estar tranquilos»* (Is 30,15). Si Jesús nos dice que hay demonios que sólo salen con oración y penitencia, hay situaciones de tarea y misión que nos llevan al umbral del agotamiento y la impotencia y que piden desgastar sus umbrales *«hasta que el Señor desde el cielo se asome y me vea»* (Lam 3,50). A Moisés le salvó su suegro: *«No está bien lo que haces; os estáis matando tú y el pueblo que te acompaña; la tarea es demasiado gravosa, y no puedes despacharla tú solo... Busca hombres hábiles»* (Ex 18,18-27). ¿Dónde está nuestra suegra?

□ *Veo rota la tinaja del vino de la alegría de los que «van por dos caminos»* (Eclo 2,12). Son personas que siempre añoran una nueva oportunidad, que se resisten a quemar las naves y, como la viuda del evangelio, a jugarse a una sola carta «todo lo que tenía para vivir» (Lc 21,1-4). Esta vida de dos amores está condenada a la tristeza y a la clandestinidad. No necesariamente ha de ser el triángulo famoso; puede ser el huir de la educación de los hijos y cultivar aficiones fuera de casa, o marginarse del grupo de pertenencia y vivir con una agenda secreta, o cultivar aficiones que paralizan (televisión excesiva, internet compulsivo, ludopatía, aventuras amorosas, etc.).

El salmista pide un corazón compacto: *«haz que mi corazón, sin dividirse, te respete»* (Sal 86,11). La alegría exige aclarar cuestiones ambiguas y despedir bifurcaciones conscientemente mantenidas. El joven rico se fue *«entristecido»* (Mt 19,21) porque no aceptó que *«Dios fuera toda su riqueza»*. Sólo la elección hace al *«hombre logrado»*.

□ *«Sentado a la sombra esperando el destino de la ciudad»* estaba Jonás mirando a Nínive. *Huye la alegría de aquellos que,* frente a las dificultades de la cultura actual, se refugian en algún tipo de orilla y *se distancian afectivamente de la gente.* Coleccionan todas las críticas posibles sobre las nuevas generaciones, o sobre los teólogos, o sobre las mujeres, y pierden la ternura hacia los que les rodean. Invocan altos principios, pero, carentes de misericordia, desean los siete males a todos los que no siguen sus principios. A Jonás se le secó el ricino, y no lo había

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 36

plantado él ni le había costado nada cultivarlo. Dirá Dios: *«¿no voy a apiadarme yo de Nínive, que no distingue la derecha de la izquierda?»* (Jon 4,11).

Si se quiere recuperar la alegría, hay que *compartir la mirada bondadosa de Dios sobre la humanidad.* Recuperé mi amor hacia una presa que había envenenado a un jesuita amigo cuando, buscando en la Biblia, di con aquel precioso texto: *«Te compadeces de todos... cierras los ojos a los pecados de los hombres para que se arrepientan... A todos perdonas, porque son tuyos, Señor amigo de la vida. Todos llevan tu soplo incorruptible»* (Sab 11,23-26 y 12,1).

□ *«¡Vaya un comilón y un borracho, amigo de recaudadores y descreídos!»* (Mt 11,19). *La alegría huye del que siempre está a la contra,* sea cual sea lo que los demás propongan; los saboteadores de soluciones y salidas acaban por no tener ellos mismos salida. Como dice Jesús, lo rechazarán todo: *«tocamos la flauta y no bailáis; cantamos lamentaciones y no hacéis duelo»* (Mt 11,17).

La *alegría* –enriquecimiento de nuestra intimidad– lleva, por sorpresa, a *abrirse, abrazar, darse.* La alegría apoya propuestas y se abre a novedades. Así en el Himno a la alegría de Schiller: «¡Os abrazo, multitudes! ¡Este ósculo vaya al mundo entero!». La diversión, más superficial e individual, no conlleva esta transitividad. Dice Lersch que en la alegría «una cosa, un ser, un suceso, ingresa inmediatamente en nuestra intimidad vivenciado como un don, y se nos muestra con una fisonomía de claridad y luminosidad. Se da un ascendente brío de nuestro aquí y nuestro ahora»[3].

□ *«¡Nada espero! El abismo es mi casa, extiendo mi lecho en las tinieblas, a la podredumbre le llamo madre; a los gusanos, padres y hermanos. ¿Dónde ha quedado mi esperanza?; mi esperanza, ¿quién la ha visto?»* (Job 17,13-15). *Hay cruces que vacían la tinaja de la alegría* y arrasan con todo. Sólo la fe en el triunfo final puede aliviar algo ese dolor: *«Yo sé que está vivo mi Vengador y que al final se alzará sobre el polvo: después de*

3. Ph. LERSCH, *La estructura de la personalidad,* Scientia, Barcelona 1971, pp. 203-204.

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 37

que me arranquen la piel, ya sin carne, veré a Dios: yo mismo lo veré y no otro» (Job 19,25-27). Los de Emaús se vuelven ante la opacidad del dolor inexplicado; Jesús les explicará el sentido de esa muerte y pondrá nuevas ascuas en el corazón (Lc 24,32).

Con la venida y la muerte de Jesús, en su cruz y resurrección, el *dolor* puede llegar a ser visto incluso como *fuente de alegría.* Escribe Pablo a los Corintios: *«reboso de alegría en medio de todas mis penalidades»* (2 Cor 7,4), y llama *«privilegio»* al hecho de *«sufrir por Él»* (Flp 1,30); y, sin embargo, pide que los cristianos *«estén siempre alegres»* (Flp 4,4). Habacuc saltaba con «piernas de gacela» entre rebaños y campos arruinados (Hab 3,17-19).

2. «Estoy lleno como luna llena» (Eclo 39,12)

Esta exclamación de Jesús Ben Sirá (Eclesiástico) muestra la plenitud sentida del hombre que se entrega de lleno a meditar la Ley del Altísimo. Este hombre respira optimismo –*«las obras de Dios son todas buenas, y no vale decir: ¿para qué sirve esto?»*– porque, en el centro de todo lo creado, *«Él lo es todo»,* y desde él le inunda una alegría que encuentra pequeño todo canto: *«¿Quién lo alabará como él es? ¿Quién lo ha visto que pueda describirlo? Quedan cosas más grandes escondidas, sólo un poco hemos visto de sus obras. Los que ensalzáis al Señor, levantad la voz, esforzaos cuanto podáis, que aún queda más; los que alabáis al Señor, redoblad las fuerzas»* (Eclo 39, 21.33; 43,27.30-32)

Con la llegada de Jesús, este camino hacía la alegría plena se ilumina de una manera inesperada y se carga de inesperadas paradojas y sorpresas.

En primer lugar se nos dice que su venida de gracia y «buena noticia» se dirige, antes que a nadie, a los sumidos en toda suerte de tristeza (pobres, cautivos, ciegos, oprimidos...: Lc 4,18-19). El que esto anuncia acaba de desechar en el desierto caminos de salvación apoyados en el valer, tener y poder (Lc 4,1-12). *Pregunta:* ¿no seremos más vulnerables a la tristeza por desear ansiosamente ponernos a salvo de toda carencia y alejarnos de los que sufren? ¿Apoyarnos en valer, tener y poder? No.

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 38

Segundo: estaremos alegres y nos consideraremos bienaventurados si nos ponemos a trabajar en las tareas del Reino: trabajar por la paz, luchar por la justicia, empeñarse en la fidelidad a un Dios Rey de todos nuestros quereres y proyectos (Mt 5,1-10). *Pregunta:* ¿no será por esto por lo que en todos los rincones doloridos del mundo –sida, niños-soldados, hambre, injusticia...– siempre se encuentran las gentes con una alegría más honda e insobornable? ¿Por qué las vidas acomodadas saben a manzanilla y luchan por espantar aburrimientos? ¿Cómo se come lo de *afligidos siempre alegres, pobretones que enriquecen a muchos, necesitados que todo lo poseen* de los trajinados embajadores de Cristo? (2 Cor 6,10).

En tercer lugar, aprendemos que para recibir la honda alegría no basta con seguir a un Jesús cualquiera, sino a uno que muestra la señal de los clavos (Jn 20,27) y en el que hay que contemplar su corazón traspasado por nuestros pecados (Jn 19,34), del que brota un manantial para Jerusalén (Zac 14,8). *Pregunta:* ¿no estaremos equivocados cuando pensamos que encontraremos más fácilmente a Dios en la paz de los templos y en el retiro de los monasterios que en los traspasados por nuestra ostentación, gasto, pereza e injusticia? (Zac 12,10). Los discípulos *«se alegraron mucho»* al mirar al que cargó con nuestros pecados.

En cuarto lugar, sabemos por Pedro que *el centro de la alegría es la fe y el amor a Jesucristo,* y que en Él podemos *saltar de gozo* aunque tengamos que *sufrir por algún tiempo diversas pruebas,* si creemos y amamos a Jesucristo, *al que no vemos,* y justo desde ahí *sentir un gozo indecible, radiantes de alegría* (cf. 1 Pe 1,3-9). Esto es tan grande que hasta *«los ángeles se asoman deseosos de verlo»* (v. 12). *Pregunta:* ¿Él en nuestro centro?

Cerrando el tema. Hay una preciosa acepción castellana de la palabra *gozo:* «llamarada viva que produce la leña menuda y seca al arder». Al cristiano que se decide a ser leña que arde no le puede hundir la tristeza como estado. Es decir, si cumple su destino con autenticidad. Me viene a la mente uno de los libros que más me impactaron: *El coraje de ser,* de Paul Tillich (1952). ¿Qué es el coraje? Decidirse a ser lo que se es. Esta elección básica en todas nuestras elecciones nos capacita para administrar la vida que tenemos apostando por unas posibilidades que condenan a otras al olvi-

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 39

do. Esta decisión llena de una alegría insobornable, porque está hecha en favor de la Vida, y «la Vida, que desea superarse a sí misma, es la vida buena, y la vida buena es la vida valerosa. Es la vida del "alma poderosa" y del "cuerpo triunfante", cuyo gozo de sí mismo es virtud»[4].

Acabo con una recia llamada: *sólo los alegres saben incluir lo trágico como ingrediente de la vida personal y colectiva.* Queramos o no –hoy, 11 de Septiembre, con torres o lejos de ellas–, la tragedia nos recuerda que lo que nosotros hacemos importa, que nuestras elecciones introducen una diferencia, que vivir es una cuestión de vida o muerte. La persona madura no ignora el peso de lo real. La alegría del mercado y las diversiones quieren ignorarlo, dedicando nuestro tiempo y nuestras energías a «diversiones» que suministran poca alegría, haciéndonos espectadores pasivos de representaciones que se presentan como graciosas, sin darnos la verdadera alegría. Marginado lo trágico, se aleja la honda alegría: arrumbado el dolor de lo real, se aleja la alegría. ¡Me llena de tanta alegría oír cada domingo en Brieva que lo mejor de mi visita es que las hago reír y que me ven alegre...! Lo estoy. Sin dolor de parto no veremos las alegres travesuras del hijo. El isomorfismo paulino de raíz y copa: tanto hundamos nuestras raíces en la muerte de Jesús, tanto se elevará la espléndida copa de la alegría del sabor de su resurrección: aquella inmersión que nos vinculaba a su muerte nos sepultó con él para que empezáramos una vida nueva con una resurrección semejante a la suya (cf. Rm 6,4-5). «La boca se nos llenaba de risas, la lengua de cantares [porque] el Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres» (Sal 126,2-3).

4. P. TILLICH, *El coraje de existir,* Laia, Barcelona 1973, pp. 32-33.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

Santiago Madrigal, SJ

Vaticano II: Remembranza y actualización

Esquemas para una Eclesiología

Sal Terrae

Presencia teológica

Cuarenta años después de la inauguración del Vaticano II, este libro conjuga la dimensión de la remembranza del Concilio (recrear el espíritu del acontecimiento y la letra de los textos, la gestación de las decisiones conciliares y el contenido teológico de los documentos) y la dimensión de su actualización: diseñar las líneas más significativas de la evolución de la doctrina conciliar en su aplicación a la realidad eclesial hasta el día de hoy y dibujar el panorama del camino que todavía queda por hacer, revisando las líneas de fuerza más candentes de la eclesiología postconciliar.

«Guste o no guste, un Concilio del siglo XX será el Concilio del siglo XXI». La evocación del Concilio no puede disociarse de la evolución y los desarrollos del tiempo postconciliar, porque forma parte del acontecimiento conciliar eso que los teólogos denominan técnicamente proceso de «recepción» y que consiste en su asimilación real y efectiva en el vivir eclesial.

424 págs. **P.V.P. (IVA incl.): 24,00 €**

ST 90 (2002) 849-890

Alegres en medio de tanta tristeza

Toni CATALÁ*

1) No es posible la alegría cuando se maltrata la realidad

1.1. O alegres o resentidos

La alegría o el resentimiento de los cristianos tiene mucho que ver con el Dios percibido e invocado y con las persuasiones hondas sobre qué es la vida y cómo nos ubicamos en ella, pues, según cómo nos ubiquemos percibiremos la realidad. Venimos de tradiciones que han despreciado hasta el insulto la creación y la vida concreta que nos toca vivir a los seres humanos mortales y finitos. ¡Cuánta insatisfacción acumulada! Descontentos con nuestra propia corporalidad, cárcel siniestra del alma, trabada en un mundo despreciable que no merece aprecio, por ser un mundo al que no debíamos haber venido nunca (y si hemos venido, ha sido por causa de algún tipo de castigo debido a un pecado primordial). La felicidad y la alegría se perdieron en un paraíso lejano; ahora estamos en un valle de lágrimas, en el que toda alegría es falsa o cínica, porque la auténtica siempre estará en el porvenir.

Es evidente que así no se puede vivir, pues la vida que tenemos, que es ésta y no otra, se nos escapa. Da la impresión de que siempre estamos ubicados en lo que no debe ser, soportando pruebas y desgracias, rodeados de enemigos potenciales ante los que tenemos que estar siempre en guardia. En cualquier caso, siempre con nostalgias de lo perdido y esperando lo que nunca acaba de llegar.

* Jesuita. Centro «Arrupe». Valencia.

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 42

1.2. No acabamos de reconciliarnos con la vida

Posiblemente nos digamos que esas tradiciones están superadas, que no somos ya dualistas ni gnósticos, que nos hemos reconciliado con las «realidades terrenas», que el mundo no es despreciado, sino acogido... Lo dudo. Se siguen percibiendo muchas insatisfacciones en las comunidades cristianas, muchos mal-estares en la realidad que nos toca vivir; una especie de incapacidad para celebrar la vida, siempre con la sospecha de que mientras haya sufrimiento es imposible la alegría y el gozo de vivir, reprimiendo la vida para no ofender el dolor de las víctimas, dando así la razón continuamente al «sarcasmo de los satisfechos» y cayendo en las redes del «desprecio de los orgullosos».

¿Qué más quieren los que manejan este mundo a su antojo que desactivar la vida, hacerla anodina, someterla al fatalismo y crear mala conciencia en aquellos y aquellas que vislumbran que esta vida tiene más posibilidades de las que nos dicen, que la felicidad y la alegría abren brechas en la realidad, que es posible vivir sin caer en la «fuga mundi» o en la acrítica «fascinatio mundi» (fascinación, por supuesto, por un mundo que no es el mundo de la vida, sino por una mentira omnipresente como es la globalización del cinismo, la mentira y la injusticia)?

Es peligroso vislumbrar la alegría de que somos llamados a la vida y de que esta tierra es nuestra casa; muy peligroso para aquellos que se han adueñado de las conciencias, emponzoñándolas para su propio negocio; y muy peligroso, por supuesto, para aquellos que se han adueñado de la tierra para su propio provecho y disfrute. La alegría es posible, porque es posible dejar que aflore lo más humano: vivirnos como criaturas arraigadas en la misericordia y en un amor fontal que es manantial de vida. Es urgente «recuperar la creación» (A. Torres Queiruga).

2) La insatisfacción y el resentimiento de la relación contractual con Dios

2.1. Con el Dios de la vida no caben contratos

> «Él se irritó y no quería entrar. Salió su padre y le rogaba. Pero él replicó a su padre: “Hace tantos años que te sirvo, y jamás dejé de cumplir una orden tuya, pero nunca me has dado un cabrito para

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 43

> tener una fiesta con mis amigos; ¡y ahora que ha venido ese hijo tuyo, que ha devorado tu hacienda con prostitutas, has matado para él el novillo cebado!"» (Lc 15,28-30).
>
> «Y al cobrarlo, murmuraban contra el propietario, diciendo: "Estos últimos no han trabajado más que una hora, y les pagas como a nosotros, que hemos aguantado el peso del día y el calor"» (Mt 20,11-12).

Cuando esta vida intentamos vivirla desde el Dios percibido y vivido por Jesús de Nazaret como Padre y Creador («Señor de Cielo y Tierra»: Mt 11,25), no caben los resentimientos. En el origen de muchas vidas y comunidades cristianas faltas de alegría, se está dando una relación resentida con Dios, la mayoría de las veces adornada con muchas practicas piadosas y fidelidades extrañas. El resentimiento se da siempre que se da una relación contractual con Dios. Cuando la relación con Dios es un contrato para que me asegure la vida y las adversidades de la misma, a cambio de una vida «sacrificada» y vivida según las normas de su voluntad, que se administran e interpretan por instancias intermedias, la alegría no cabe, porque las adversidades siempre acaecen, y «seguros» de vida no existen. El vivir sacrificialmente corroe por dentro; el dolor y el sufrimiento siempre son, o bien el precio a pagar por el contrato, o bien la incapacidad de percibir que la vida se puede vivir de otra manera: como Don y Gracia.

Jesús de Nazaret desenmascara con su vivir la relación contractual con Dios. La relación con el Dios de la Vida sólo se puede vivir en el ámbito de la Gratuidad. Dios no es un Amo con el que establezco un contrato, una contraprestación de servicios, sino que es el que da la posibilidad de vivir agraciadamente. Dios es la fuente de la vida. Todo el relato evangélico es una confrontación entre un Jesús que se vive desde la Vida y genera espacios de respiro, de dignificación, de perdón, y unas gentes, «mayores y primeros» (Lc 15,28-30; Mt 20,11-12), para quienes Dios es una propiedad privada que les asegura sus propios intereses a costa del desprecio de la mayoría de las criaturas.

Estos «mayores y primeros» no pueden soportar a un Dios que es fuente de vida y que no es patrimonio de ellos, de los piadosos, de los ladrones y salteadores que sólo han venido a robar, matar y perder. Cuando Dios es Amo, no hay en absoluto posibilidad de ale-

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 44

gría. *La alegría brota cuando emerge la vida; es inherente al mismo vivir, al igual que lo es el sufrir.*

Si no hay alegría en el ámbito creyente y en los creyentes, es porque no se está dando una experiencia del Dios Vivo, sino otra cosa. Y esa otra cosa es la negativa a que las criaturas recuperen lo que les pertenece: vivir su dignidad de criaturas en la parcela de la creación que les corresponde. Lo que hace Jesús es generar espacios de dignificación; pero se encuentra con gente que utiliza a Dios para arrebatar las parcelas de creación que corresponden a otros, los ladrones, para estar al acecho de eliminar a los profetas de la Vida, los salteadores (Jn 10,7-10). La alegría es inherente a la condición humana; tan sólo hay que generar espacios en los que aflore.

2.2. ¿Conmovidos o incomodados?

Para relacionarse con este Dios revelado por Jesús es necesaria la conversión del ámbito de la Ley al ámbito de la Gracia. Pasar de unas percepciones que matan, desgastan y ahogan la vida, a la experiencia de la Ternura y la Compasión como fuente y suelo del vivir.

Sólo desde la Acción de Gracias es posible vivir sin resentimientos, sin «pasadas de factura»; vivir para entrar al lugar de la fiesta, del baile y del banquete al que somos invitados.

O bien no soportamos la alegría, porque «dios» nos está amargando la existencia, o bien porque el dolor ajeno, más que conmovernos, nos incomoda. Esta incomodidad es la que mata la alegría. Tenemos que sospechar muy seriamente de la falta de alegría que se autojustifica apelando al dolor y al sufrimiento del mundo (por lo menos en este Primer Mundo nuestro); sospecha que se basa en que hay más alegría y más fiesta entre los que nos incomodan y nos sacan de nuestras casillas que en aquellos que nos pasamos la vida queriendo asegurar nuestras posesiones.

El Padre del hijo perdido se conmueve; el hermano mayor se incomoda profundamente. La conmoción lleva a la acogida y a la fiesta, porque en el reencuentro surge la vida perdida y recuperada. En el mayor, en cambio, no cabe ni la acogida ni la fiesta, porque, como nunca ha perdido nada, teme que su hermano le quite lo suyo. Mientras tengamos miedo a perder nuestras seguridades y comodidades, no cabe la alegría. La realidad que hoy vivimos en nuestro mundo es compleja; pero creo que nadie negará que un elemento

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 45

decisivo de tristeza profunda en el Norte es que no estamos dispuestos a perder lo que les hemos arrebatado a los del Sur, aunque se sigan sacrificando miles de víctimas a costa de nuestra comodidad.

3) Vivir en gratuidad: reconocer la vida como don y no agradecer una posesión

3.1. La alegría funda la comunidad de memoria

Nos hemos apropiado de tantas cosas que se nos hace muy difícil vivir en Gratuidad. Desde que en nuestra cultura le dijimos a Dios que se desentendiera del mundo; que nosotros lo íbamos a gestionar, porque era nuestro; que no se preocupara, que adultos éramos para llevarlo a buen fin..., lo que hemos conseguido, por una parte, es quedarnos sin referencias que nos recuerden que este mundo es de todos y, por otra, que este mundo se quede en manos de muy pocos, que lo manejan a su antojo. Es bueno que nos volvamos a decir que fe y justicia se implican (lo estamos olvidando), sabiendo que fe sin justicia es cinismo, y que justicia sin misericordia puede ser pura revancha resentida.

Unos no dan gracias porque no se agradece lo que es posesión, lo que es mío, lo que me he trabajado yo. La inmensa mayoría no puede dar gracias porque les han quitado lo que les pertenece. Y cuando a uno lo han saqueado y le han expoliado la parcela de creación que le corresponde, se queda sin suelo, a la intemperie, sin saber qué pinta en este mundo en el que la mayoría del sufrimiento está provocado por los expoliadores. Cuando los hombres y mujeres se quedan «sin tierra», la vida se les queda sin suelo y sin raíces; la vida ya no es vida.

La comunidad cristiana no puede hacer el juego a este orden de cosas. En virtud del Dios de la Vida, tiene que ser una comunidad de memoria. No podemos perder memoria, no nos lo podemos permitir en virtud de la «memoria de Jesús». No podemos dejar de recordar que es posible vivir la vida como regalo, como don, como invitación. Este recuerdo nos puede llevar a vivir de otro modo, a vivir reconociendo que todo es don; y cuando se reconoce el don, se crece en libertad y en compasión.

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 46

3.2. Colocarnos en nuestro justo lugar

Cuando se vive desde el don, se crece en libertad, porque no se toma «mi vida» como único referente de sentido, sino que se mira de un modo nuevo. La oración de Jesús es en plural; se invoca a un Padre de todos y creador de todo; no excluye, sino que incluye un «nosotros» que es la condición humana. Cuando se vive desde este reconocimiento, la libertad consiste en negarle a nuestra muerte la última palabra (volveremos sobre esto). Entonces, como no es la última palabra y se reza en plural, se descubre que, liberándose del miedo a la muerte, es cuando se puede empezar a cuidar y agradecer la vida. No podemos ser tan egoístas como para creer que cuando el yo se acaba, todo se acaba. Es una pretensión egoísta y depredadora, porque el yo todo lo quiere acaparar para sobrevivir, y entonces se destroza la tierra, que es la casa del hombre y de la mujer.

Se crece en compasión, porque la aflicción y el sufrimiento te implican y te envuelven. Entonces sabemos que alegrarse y sufrir al mismo tiempo no siempre es posible; pero la alegría de vivir es un modo subversivo de decir que no aceptamos el orden de mentira, miedo y terror como lo que es, y que éste no puede ser de otra manera. La alegría no es cinismo (ahora lo veremos); es no dejar de percibir que el Dios de la Vida es Alegría; es adecuación de la misma raíz de la criatura a la Ternura y Misericordia. Todo esto sólo se puede vivir y celebrar en una comunidad que no pierde memoria.

3.3. Cuando se pierde la alegría, se pierde la esperanza

La compasión es la continua percepción de que las criaturas maltratadas y sufrientes son la herida abierta en este mundo, herida que nos conmueve y que no nos dice que la alegría no es posible. Decir que la alegría no es posible es decir que la vida es imposible y, así, seguir dejando a los que malviven a su suerte. Es, sin embargo, decir –en virtud de la fuente de nuestra alegría, el Dios de la Vida– que nuestra preocupación fundamental es seguir curando heridas y desenmascarar a los que las provocan. En la vida acabamos ocupándonos de lo que en verdad nos pre-ocupa.

Es verdad que nuestra alegría se nos puede convertir en sarcasmo y cinismo. Pero estamos percibiendo que la fuente de nuestra

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 47

alegría no es la satisfacción de necesidades y deseos siempre fungibles, sino que, en virtud del vivir de Jesús, es posible mantener la alegría en medio de tanta tristeza, dolor y desolación.

Este mantener la alegría surge de mantenerse en la esperanza; «que la esperanza os tenga alegres» (Rom 12,12); y esta esperanza surge porque seguimos al Crucificado, que es el Resucitado. La esperanza y la alegría cristianas saben por eso de desdicha y aflicción. No son ni una esperanza ilusa y fantasmagórica ni una alegría del satisfecho, sino que es la alegría de haber apurado hasta el final la condición humana tal como lo hizo Jesús. No me consta de ninguna acusación histórica de cinismo sobre Jesús de Nazaret; otra cosa somos sus seguidores y seguidoras. Vamos a poner los ojos en él, y que él nos oriente una vez más, sabiendo que este poner los ojos en él no lo hacemos cortocircuitando la «nube de testigos» que a lo largo de la historia han mantenido su incondicionalidad al Dios de la Vida y a sus criaturas.

Mantener la alegría en este mundo sin ser cínicos supone volver sobre lo acontecido en Jesús, para experimentar que su historia, cuando la tejemos con la nuestra, es capaz de orientarnos y ubicarnos en la vida con sentido y con lucidez, pues no podemos negar nada de lo que acontece, para seguir generando espacios en los que los abatidos encuentren la alegría de ser criaturas en un mundo «querido por el Dios de la Vida».

4) La alegría en el Viernes y Sábado Santos de nuestra historia

4.1. No podemos negar lo evidente

La «memoria passionis» arranca del final de la vida Jesús de Nazaret, final que es consecuencia de su modo de vivir. Este final siempre pondrá en cuestión «falsas alegrías». La muerte de Jesús es consecuencia de un modo concreto de vivir: la desestabilización del orden socio-religioso de Israel en virtud de un Dios que se percibe como Padre y Creador y que lleva a Jesús a exponer su vida, hasta el final, al servicio de los sin-salida. Desestabiliza las garantías de toda «ley» y «templo» que aseguren contractualmente «la salvación».

El final de la vida de Jesús es un fracaso con los fracasados de la historia y la implicación con aquellos que no encuentran sitio en esta creación, porque son expoliados y ninguneados por aquellos

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 48

que se han adueñado de la tierra y la destruyen (Ap 11,18). A Jesús lo ejecutan los poderosos en el centro político y religioso de Israel. No podemos despolitizar de ningún modo la muerte de Jesús, el credo cristiano está profundamente politizado: «padeció bajo el poder de Poncio Pilato». No podemos considerar la muerte de Jesús sin que ésta nos devuelva a la vida. En la vida nos encontramos muchos silencios y muchas preguntas.

Después del Viernes Santo acontece el silencio del Sábado Santo. Silencio del Dios que sigue «callando» en esta historia de fracaso y frustración para los más. Silencio de Dios sobre tantas utopías fracasadas, tantas ilusiones y proyectos que han sido devorados por la única realidad que aparece como eficaz: el poder y el sarcasmo de los satisfechos, que por tenerlo todo no esperan nada. Silencio de Dios sobre tanta Bondad y Solidaridad diluida en la trama de egoísmos, injusticias, traiciones y vilezas. *¿Cabe la alegría en este Viernes y Sábado santos? ¿Es mejor callar para siempre?*

El Sábado Santo de la vida nos lleva a la persuasión de que no podemos ser tan pretenciosos como para querer ver el significado de todo lo que vivimos al mismo tiempo que lo vivimos. Muchas veces tendrán que pasar muchos años para poder ver el rostro del Dios vivo en situaciones vividas de dolor y quebranto; muchas veces tendremos que empezar a entender que no podemos pretender llegar al último día con todos los interrogantes resueltos. Saber vivir en este tono vital es a lo que nos invita el Sábado Santo. ¿No será que el silencio del Sábado Santo supone el derecho de Dios a callar? ¿Qué Dios no tiene derecho a guardar silencio? ¿Quiénes somos nosotros para exigir a Dios que nos esté hablando continuamente? El silencio de Dios hay que respetarlo. Si a Dios le duele la muerte de sus fieles (Sal 116,15), ¿no estará el Padre haciendo duelo por su Hijo y por sus criaturas? Si no oramos desde ese silencio, es que no nos hemos adentrado en el amor compasivo. ¡Qué pena, que al Dios Comunidad de Amor le neguemos lo más humano que sus criaturas tenemos: el poder hacer comunidad compasiva, compartiendo el llanto y el duelo!

4.2. Estaban de duelo y llorando

Los seguidores y seguidoras de Jesús no se instalaron en el silencio y en el fracaso. Es verdad que tuvieron que pasar por el llanto y el duelo («Ella fue a decírselo a sus compañeros, que estaban de duelo

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 49

y llorando» Mc 15,10); pero algo o alguien les sacó de esta situación. Compartir duelos y llantos es lo único que nos va a adentrar en la posibilidad de vislumbrar y adentrarnos en la Alegría de la Pascua.

Podemos caer en la trampa de creer que la alegría es incompatible con el llanto y el duelo, que la alegría sólo se puede experimentar en un mundo sin llanto y sin duelo, siempre aplazándola para un mundo que no llega ni tiene trazas de llegar. «Ella/s», las que permanecieron, las que no huyeron, las que tuvieron capacidad de llorar en el lugar de los muertos y ajusticiados, las que nunca entendieron el seguimiento como búsqueda de relevancia y de primeros puestos, de quienes se dice lo que nunca se dice de los discípulos (que habían sido curadas y se preocupaban por Jesús y hacían comunidad de servicio), son las que se sintieron conmovidas porque «la Gracia estaba en el fondo de la pena». María Magdalena, a la que «Cristo... confió antes que a nadie... la misión de anunciar a los suyos la alegría pascual» (Oración Colecta, Fiesta de María Magdalena: Misal Romano), es la que les lleva la noticia que les va a permitir no instalarse permanentemente en el duelo y en el llanto. La muerte no ha multiplicado por cero la vida de Jesús ni al Jesús de la Vida, sino que el Dios Comunidad de Amor es para siempre el fundamento último de la profunda alegría que provoca experimentar en Jesús que la VIDA es mas fuerte que la MUERTE.

La alegría no está al margen del Viernes y el Sábado santos, sino que se encuentra en la hondura de ellos. Esto nunca se percibirá si no es por la implicación compasiva, dejándose afectar y conmover por las víctimas, dejando que éstas nos incomoden y nos molesten. La alegría sólo aflora en la mesa compartida, en el convite, en el convivir como criaturas entre las criaturas. Buscar la alegría en otro sitio es escaparse de la Vida; y cuando nos escapamos y nos convertimos en espectadores del mundo, vienen la tristeza y la desolación. No olvidemos que la alegría compartida de tantos hombres y mujeres que siguen tejiendo solidaridad, compasión y justicia, nunca aparecerá en los medios de comunicación. Es peligroso; sería recordarnos que la tierra y la sociedad se pueden configurar de otro modo. Lo que vende es el continuo recordatorio de que esto es muy difícil, o poco menos que imposible; y así, el anunciado final de la historia se traduce en que el mejor de los mundos posibles es éste, y mejor dejarlo como está; y, ni por asomo, recordar, ni pensar siquiera, que pudiera ser de otra manera.

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 50

5) Su alegría es nuestra fortaleza (Ne 8,10)

Se comienza a percibir la vida desde otro referente: el Dios de Jesús, el Padre, fuente de la Vida que se nos da por el Hijo y que, con el Hijo, nos da su Espíritu de Fortaleza, que se identifica para siempre con los crucificados de la historia y con nuestros propios límites y dolores, no es un dios apático, sino que es un Dios implicado en la suerte de sus criaturas; es un Dios Comunidad de Amor que abre futuro, que desactiva el fatalismo provocado por la persuasión de que no hay otra salida que adaptarse al mundo presente haciendo de la muerte el único referente. Asumir la VIDA es lo que impide que nos adaptemos acríticamente al «mundo presente». La Resurrección no anula ni el Viernes ni el Sábado santos; éstos no se borran ni se diluyen, porque entonces viene el cinismo. Al contrario, porque el Resucitado es el Crucificado, y no otro, mantenemos el recuerdo de que el Eterno es Misericordia y Ternura (Oración inicial de la liturgia del Viernes Santo). La alegría está en el corazón del Dios que siente Ternura por sus criaturas. La Ternura de Dios es la fuente de nuestra alegría, no está en otra parte.

Recuerdo algo de lo escrito en *Salgamos a buscarlo* (Cuadernos «Aquí y Ahora», n 21, Sal Terrae, Santander 1992):

> "No puede tratarse de una ilusión. La ilusión no dura tanto cómo para mantener día a día, durante muchos siglos, tantas prácticas de ternura, misericordia y justicia. Al igual que la historia no puede ser leída en clave de los vencedores, la historia de la comunidad cristiana no puede ser leída sólo desde sus incoherencias y falta de fidelidad a su Señor. La historia de la comunidad cristiana manchada de barro y de sangre es también la historia del derroche de misericordia del Viviente. Es necesario recuperar la historia de aquellos testigos que con su vida construyeron espacios de justicia, ternura y misericordia donde los excluidos encontraron y encuentran sitio.
>
> Al Viviente es posible encontrarlo. Se le encuentra allí donde hay capacidad de acogida ("quédate con nosotros, que la tarde está cayendo"), donde no se vuelve la espalda al hermano. Se le encuentra allí donde se da la capacidad de compartir el Pan y la Palabra, porque hay capacidad de compartir panes y palabras ("lo reconocieron al partir el pan")...

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 51

La confianza en el Viviente nos abre al futuro con esperanza y realismo. No negamos nada de la dureza y brutalidad de la realidad que vivimos. Nuestros contextos de Cuarto Mundo tienen mucho de Viernes y Sábado santos. Abrirnos al futuro consiste en no entrar en el juego de la muerte y sus redes. No desesperar ante las sin-salidas. Seguir apostando por la Vida, especialmente por las vidas de aquellos que para nuestra sociedad están muertos..., o sería mejor que no existieran. Seguir seducidos por la tarea de afirmar dignidades. Seguir construyendo lugares en los que se pueda compartir el techo, el pan y la palabra. Seguir aceptando el perdón, que consiste en aceptar la precariedad y debilidad de nuestra condición humana. Es el único modo de no destruirnos unos a otros».

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

William Morrice

Dichos desconocidos de Jesús

Palabras atribuidas a Jesús fuera de los cuatro Evangelios

Sal Terrae

Presencia teológica

Ésta es una colección única de los dichos atribuidos a Jesús que no fueron consignados en ninguno de los cuatro evangelios del Nuevo Testamento. Para la redacción del presente libro el autor ha investigado expresamente en las fuentes coptas, griegas y árabes y ha prestado especial atención al *Evangelio de Tomás* de la biblioteca de Nag Hammadi.

Se trata de una guía fidedigna para el conocimiento del conjunto de tales dichos: los introduce para un público amplio y los sitúa en su trasfondo histórico y bíblico con citas de investigadores que gozan de autoridad. Se transcribe cada uno de los dichos íntegramente, se valora su grado de autenticidad y se comenta brevemente. William Morrice examina lo que pueden decirnos sobre Jesús y sus primeros seguidores y por qué suscitan tanto interés en nuestros días.

272 págs. **P.V.P. (IVA incl.): 18,50 €**

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 53

ST 90 (2002) 861-864

COLABORACIÓN

Ciencia y religión, una experiencia docente en la Universidad

Javier LEACH y Agustín UDÍAS*

La problemática de las relaciones entre ciencia y religión está empezando a recibir una mayor atención en España. Una iniciativa en este sentido ha sido un curso ofrecido en la Universidad Complutense, en el segundo cuatrimestre del curso 2001-02, con el título de «Ciencia y Religión», curso denominado «de libre elección» y abierto sólo a los alumnos de las facultades de ciencias.

En el programa se han mezclado cuatro líneas de enfoque del problema: la del conocimiento y el lenguaje, las relaciones históricas, los contactos en temas concretos y los aspectos éticos y sociológicos. Se trata, en primer lugar, de esclarecer las características, tanto del conocimiento y lenguaje científico como del religioso. Éste es un problema fundamental, ya que muchos equívocos sobre las relaciones entre ciencia y religión vienen de la confusión entre ambos tipos de conocimiento y el lenguaje en que se expresan. Sobre el conocimiento científico hay que empezar desmontando las ideas derivadas del positivismo, que siguen propagándose a pesar de las críticas de los modernos filósofos de la ciencia. Una vez situada la ciencia en el dominio propio de su conocimiento y lenguaje, se puede pasar a considerar el conocimiento y lenguaje de la religión. A este nivel es importante también distinguir entre religión y teología. La conclusión de este análisis es que el conocimiento

* Jesuitas, Profesores en la Universidad Complutense. Madrid.

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 54

científico y el religioso no pueden suplirse el uno al otro ni deben interferirse entre sí, aunque sí debe haber un diálogo entre ellas. El primer paso para unas relaciones correctas entre ambas es reconocer la mutua autonomía, desde la que cada una debe dejarse interrogar por la otra. En los aspectos históricos de la relación entre ciencia y religión, se trata, entre otros, de los llamados «conflictos» de Galileo y Darwin. En ellos se trata primero de esclarecer desde el punto de vista histórico lo realmente sucedido, pasándose luego a su interpretación. Las relaciones entre ciencia y religión se concretan en algunos temas puntuales, en los que la interacción entre ambas es más manifiesta. Entre ellos se encuentra el problema de la creación y la cosmología moderna. Se trata de esclarecer cómo se relacionan las teorías modernas cosmológicas y la fe en la creación. Otro problema es el de la evolución, y en concreto el de la aparición del hombre y, con él, la conciencia. Se plantea aquí una serie de problemas entre la visión de la ciencia y las ideas religiosas sobre la naturaleza del hombre, la libertad humana y el origen del mal. Tanto la ciencia como la religión tienen lugar en un contexto social. Dentro de la sociedad se constituyen las comunidades científica y religiosa. Ambas tienen estructuras distintas. Ambas se disputan, a veces, esferas de influencia social. Un problema importante en este contexto es el papel del pensamiento religioso en el establecimiento de normas éticas de la práctica científica.

Durante el curso, fue interesante constatar que entre los alumnos había dos grupos claros y unas posturas intermedias. El primer grupo lo formaban los que se declaraban creyentes, cristianos que buscaban en el curso una confirmación de su fe o el esclarecimiento de problemas que se les habían suscitado en sus estudios de ciencias. En general, para ellos no existía ningún problema grave entre ciencia y religión, o por lo menos pensaban que no debería haberlo. El otro grupo, opuesto a éste, lo formaban los que mantenían posturas no religiosas. Para algunos de este grupo la ciencia no debe tener límites y constituye, de hecho, la única forma de conocimiento válido. Frecuentemente su posición se formulaba simplemente como que la ciencia es objetiva y pública, y la religión subjetiva y personal, con lo que ciencia y religión son, en cierta manera, opuestas. Para ellos los conflictos son inevitables y nacen de la interferencia de la religión en el campo de la ciencia. Entre las posturas respectivas de estos dos grupos estaban las de quienes no se habían planteado la cuestión o no tienen ideas propias sobre ella.

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 55

Es curioso que, al tratar los problemas históricos, se repetía mucho la idea del poder de la religión, y en concreto el de la Iglesia en cuanto poder negativo.

Las expectativas fueron evolucionando a lo largo del curso. En una evaluación final, los temas concretos de cosmología y creación y el origen de la vida y del hombre, junto con los históricos y los relacionados con la ética y la libertad del ser humano, fueron los que habían suscitado más interés. Los temas sobre la naturaleza del conocimiento y el lenguaje científico y religioso, aunque de interés, se encontraron más áridos. La mayoría opinaba que el curso le había resultado interesante y útil.

ST EDITORIAL

SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

Tradicionalmente, el cristianismo ha sido hostil a la sexualidad, el erotismo y al deseo sexual. En lugar de regocijarse con la experiencia de la sexualidad, los cristianos se han asustado y han reducido la sexualidad al aspecto biológico de la procreación. Sin embargo, la biología es lo menos interesante en lo que respecta al sexo, y en los últimos treinta años, el cristianismo, afortunadamente, ha sabido percibir mejor la vinculación de la relación sexual con el amor.

En *Hacer el amor,* Jack Dominian explora el significado intrínseco de la relación sexual y revela el lenguaje secreto del amor humano, poniendo en tela de juicio los prejuicios e ideas preconcebidas de los eclesiásticos, tanto liberales como conservadores.

224 págs. **P.V.P. (IVA incl.): 12,00 €**

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 57

ST 90 (2002) 865-868

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

Ser testigos de la liberación en Camboya

«Las necesidades de los pobres están por encima de los deseos de los ricos, la libertad de los oprimidos prima sobre la libre voluntad de los poderosos, y hay más derecho a la participación de las mayorías marginadas que a la conservación de un sistema que los excluye»

(DAVID HOLLENBACH, SJ)

Así reza el lema que figura a la entrada de uno de los centros para discapacitados que posee el *Servicio Jesuita a Refugiados* en Camboya. Un lema desmentido por la realidad del planeta en el que vivimos, que continúa organizado deliberadamente para que unos pocos puedan banquetear, mientras la mayoría debe recoger las migajas que caen de su mesa. Tal vez la parábola del pobre Lázaro (que no del rico Epulón, cuyo nombre el Evangelio no cita) ofrezca hoy mayor actualidad que nunca antes en la historia.

Pero es un lema escogido con cuidado en Camboya, porque recoge mucha experiencia, mucha vida. Se ha ido haciendo carne a lo largo de los años por medio de la acogida y la dedicación a los camboyanos, y de modo muy especial a los discapacitados. Camboya es uno de los países del mundo más castigados por las minas antipersonales. ¿Cuántas quedan bajo suelo cultivable? No es posible saberlo. La cifra se estima en varios millones. Las minas siguen esperando pacientemente a una víctima que las despierte a la muerte y la mutilación. Los discapacitados son una gran multitud. Pero más importante que eso: son personas con los mismos sueños que nosotros, con el mismo cariño por sus hijos, con iguales ilusiones de vida plena, con semejantes deseos de paz. Es entonces cuando su desgracia duele tanto.

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 58

El jesuita Enrique Figaredo ha estado entre nosotros semanas atrás, trayéndonos noticia de estas personas a las que lleva en el corazón. Es joven, pero ya ha dedicado diecisiete años a vivir entre aquella gente. Primero entre los refugiados camboyanos; más tarde en el propio país, cuando retornaban a su tierra desorientados por décadas de guerra y persecución. Ha sido una de las almas del *Servicio Jesuita a Refugiados,* la presencia de la Compañía de Jesús en el país jemer. Algunos sacerdotes no lo entendían: «¿Unos curas trabajando en una ONG?». Pero ¿cómo hablar de Dios, la Buena Noticia, si no es llevando buenas noticias a la gente? Y Kike –que por ese nombre es conocido–, junto a tantas otras personas del *Servicio Jesuita a Refugiados,* se ha desvivido repartiendo por las aldeas sillas de ruedas a niños, ancianos y adultos. Y haciendo amigos. Montones de ellos.

Hace sólo dos años era nombrado Prefecto Apostólico de una antigua diócesis, la de Battambang. Su residencia está junto a la pequeña «catedral», una iglesia pequeña que da cabida a la comunidad cristiana. Ha hecho de un recinto antes bonito, pero frío, un espacio de acogida y esperanza. Al llegar se nota la diferencia: es un hombre manco de ambas manos, por la explosión de una mina, quien te abre la puerta. En un país donde abundan los guardas de seguridad, la fragilidad de un hombre así hace brotar los mejores sentimientos que podemos abrigar. Y dentro ha establecido un centro de acogida para niños discapacitados que ahora van a la escuela y pueden jugar con chavales como ellos. No son menos que nadie.

Otro jesuita compañero suyo, Joaqui Salord, decía hace muy poco: «Desde que Kike está como obispo –pues el Prefecto Apostólico tiene status de obispo–, en la iglesia se oye hablar de los pobres». Y eso es también una buena noticia, eso es Buena Noticia. Una Iglesia que se dedica a los más pobres no necesita demostrar sus verdades. Actúa con verdad. Y no necesita convencer a nadie que no supone ninguna amenaza para otros credos. Al contrario, los convoca en una misma tarea, la liberación de los últimos.

El P. Enrique Figaredo ha recibido el pasado mes de septiembre el premio «Juan María Bandrés», del CEAR (Comisión Española de Ayuda al Refugiado), por su trabajo entre los refugiados. Por eso hemos podido contar con él entre nosotros. Y nos ha hablado de personas, de gentes, de necesidades, de alegrías, de sonrisas, de esperanza.

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 59

Los camboyanos permanecen luchando por la vida. Olvidados y excluidos. Seguirán figurando por décadas entre los más pobres de la tierra. Pero, sin duda alguna, sus necesidades continuarán estando por encima de los deseos de los que somos ricos sin siquiera saber reconocerlo; su liberación primará sobre la libertad caprichosa de los poderosos; y su voz contendrá el timbre de la autenticidad y del derecho.

En Alboan llevamos colaborando varios años con Camboya, en particular con el «Servicio Jesuita a Refugiados», enviando voluntarios por dos años y apoyando financieramente la escuela de formación profesional para discapacitados que lleva por nombre Banteay Prieb.

Alboan
FUNDACIÓN PARA EL DESARROLLO SOLIDARIO
ELKARREN GARAPENERAKO FUNDAZIOA

Para más información:
Fundación Alboan
Tfno/Fax: 94 415 35 92
e-mail: alboanbi@alboan.org
www.alboan.org

ST EDITORIAL

SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

Al igual que los anteriores volúmenes de esta serie, estas páginas han nacido de una experiencia viva de catequesis de adultos El texto permite a los adultos de las comunidades cristianas, así como a quienes andan empeñados en una búsqueda personal, descubrir de nuevo el fundamento de la esperanza cristiana: gracias a la Pascua del Señor Jesús se nos invita a dar gracias por el hecho de que la historia, aun en medio de contradicciones y dificultades, no ha sido abandonada al caos, sino que está en manos de Dios.

De aquí se deriva un itinerario de fe de gran actualidad para la vida de cada creyente y de las comunidades cristianas. La originalidad de este libro se debe a la armonía que consigue entre contenido y método, proponiendo encuentros basados en la participación activa que lo hacen especialmente apto para grupos de jóvenes y de adultos.

192 págs. **P.V.P. (IVA incl.): 12,50 €**

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 61

ST 90 (2002) 869-880

RELIGIÓN, VIOLENCIA Y RECONCILIACIÓN

9
Diálogo interreligioso: una necesidad para la paz*

Thomas MICHEL, SJ**

1. El 11 de septiembre y la autopercepción de los musulmanes

En marzo de 2002 participé en un seminario internacional celebrado en Riad, capital del Reino de Arabia Saudí, sobre el tema «El Islam y el diálogo de civilizaciones». El seminario fue organizado por una asociación de diálogo con sede en Arabia Saudí, el Foro Islámico Internacional para el Diálogo. Aparte de mí, el grupo de participantes invitados incluía a diversos sacerdotes y profesores católicos y protestantes más, una delegación de musulmanes chiítas de Irán, varios intelectuales musulmanes de izquierdas de Egipto, así como un colectivo de mujeres musulmanas con capacidad para expresarse con claridad y franqueza. El seminario es digno de mención no sólo por el lugar de celebración –en el corazón desértico de la Península Arábiga– y los participantes –representantes de grupos y perspectivas a los que nunca antes se les prestó atención pública en el Reino–, sino también por razón del libre intercambio de opiniones y propuestas. Dada la naturaleza autoritaria de la sociedad saudí y la extraordinariamente rígida interpretación del Islam adoptada oficialmente por el régimen, algunos de los participantes manifestaron de antemano cierto escepticismo respecto a que se fuera a permitir y, menos aún, fomentar la libre expresión de opiniones.

* Original inglés: «Interreligious Dialogue: a Necessity for Peace» (Traducción de Ramón Imaz Franco).

** Secretario de la Compañía de Jesús para el Diálogo Interreligioso. Roma.

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 62

El seminario estuvo abierto al público, asistiendo diariamente varios centenares de observadores, y concluyó con una audiencia ante el gobernador de Riad y el príncipe de la corona, Abdullah en Jedda, gobierno actual del reino saudí. Aunque el seminario ya se encontraba en fase de preparación antes de los sucesos del 11 de septiembre, los ataques terroristas, las posteriores acciones de la «guerra contra el terrorismo» del gobierno americano y el creciente conflicto Israel-Palestina dieron cierta urgencia a los debates e hizo descender al terreno de la cruda realidad lo que bien pudiera haber sido una serie de elevadas declaraciones de ideales.

Entre el gran número de encuentros interreligiosos celebrados el año pasado, creo que el seminario de Riad es representativo con respecto a los cambios que, en el pensamiento y en la práctica, se están produciendo en el mundo musulmán, incluso en la Tierra Santa de Arabia Saudí. Uno de los más espectaculares parecería tener que ver con la auto-imagen de los musulmanes. Muchos de ellos habían considerado la civilización moderna promovida por Occidente como filosóficamente débil, moralmente decadente, humanamente destructiva y espiritualmente ruinosa. Creían que los musulmanes tenían encomendada la misión divina de preservar y mantener, frente a todos los inconvenientes, los valores religiosos tradicionales, una visión del mundo teocéntrica y una moralidad socialmente reforzada en el seno del mundo moderno.

En ningún otro lugar era esto más cierto que en Arabia Saudí, cuyos ciudadanos pensaban estar viviendo en una sociedad moralmente recta, forjada de acuerdo con la voluntad de Dios. Por un lado, la sociedad saudí era una sociedad centrada en la familia, disciplinada, deliberadamente religiosa, en la cual las llamadas públicas a la oración y su práctica se extendían a lo largo de todo el día, y en la que se gastaban inmensas sumas en la ampliación y mejora de los Santos Lugares y los servicios para la peregrinación. Por otro lado, el reino saudí es una nación en la que el alcohol, las drogas, el juego, la prostitución y la pornografía están estrictamente prohibidos por la ley. En los años que precedieron al ataque terrorista al World Trade Center, muchos saudíes manifestaban la convicción de que habían construido un orden social piadoso que constituía un modelo a admirar e imitar por las naciones musulmanas de todo el mundo y un verdadero desafío a las formas de vida modernas de otros lugares.

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 63

Los críticos advierten que para mantener una autopercepción tan elevada uno tiene que cerrar sus ojos ante muchos abusos (el maltrato a las mujeres y a los trabajadores extranjeros, la corrupción y el favoritismo en contratos comerciales y públicos, la prohibición del culto no musulmán y la persecución, a veces violenta, de la minoría chiíta de las provincias orientales); sin embargo, normalmente se ha silenciado o ignorado a estos críticos. Por otro lado, Osama ben Laden no ha sido el único en afirmar que la familia real incumplió su deber como Protectora de los Dos Santos Lugares (La Meca y Medina), al permitir que desde la Guerra del Golfo tropas americanas no musulmanas permanecieran estacionadas en tierra saudí.

Como consecuencia de su autopercepción, es probable que ningún otro país del mundo sufriera una conmoción mayor por los ataques terroristas del 11 de septiembre, especialmente por el hecho de que quince de los diecinueve secuestradores aéreos conocidos eran saudíes, y los cuatro restantes eran ciudadanos de países árabes próximos. Se hizo patente que en este próspero y bien gobernado reino algunos jóvenes estaban aprendiendo la violencia y el terror en nombre de la religión y, lo que es aún más inquietante, que otros ulemas saudíes aún no identificados estaban enseñando lo mismo.

Si he insistido tanto en el caso de Arabia Saudí, quizá sea porque la nación posee un elevado prestigio entre los musulmanes por el hecho de albergar los Santos Lugares y, en consecuencia, ejercer gran influencia en todo el mundo musulmán. Pero los saudíes no fueron los únicos conmocionados por lo que sucedió el 11 de septiembre. Las principales asociaciones islámicas internacionales condenaron el terrorismo rápida y nítidamente, cosa que también hizo la práctica totalidad de las agrupaciones locales y nacionales. La respuesta más temprana fue la de los grupos musulmanes americanos, pasando de la mera denuncia de la acción terrorista a la petición de perdón a las familias de las víctimas y a la donación de alimentos, sangre y dinero a las mismas. En muchas ciudades de todo el país hicieron declaraciones públicas y participaron en servicios de oración común. El 11 de septiembre de 2002, primer aniversario de la acción terrorista, muchos musulmanes de los Estados Unidos llevaron a cabo un día de ayuno para reflexionar sobre lo sucedido y orar por la paz y la reconciliación.

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 64

2. El valor del diálogo

A menudo se me pregunta si los ataques del 11 de septiembre modificaron seriamente las relaciones entre cristianos y musulmanes. La relación no se vio dañada por lo que respecta a aquellos cristianos y musulmanes que han mantenido un contacto estrecho y han trabajado juntos a lo largo de muchos años. Los cristianos que conocen a los musulmanes saben bien que su inmensa mayoría no tolera el terrorismo, y que su vinculación con los ataques no fue otra que la de pertenecer al mismo gran grupo religioso que los terroristas. En todo caso, a lo largo del pasado año los lazos entre esos musulmanes y cristianos se han estrechado, por cuanto todos perciben la necesidad de trabajar para evitar la creciente polarización de las dos comunidades.

No obstante, los ataques terroristas han subrayado la necesidad que tienen los musulmanes de aproximarse a la vida del mundo pluralista de manera diferente de como habían estado haciéndolo. Muchos percibieron, parece ser que por vez primera, el valor del diálogo con pueblos de otras religiones. Para la mayor parte de los musulmanes, la naturaleza del Islam como religión de paz es una verdad tan evidente por sí misma que no necesita ser manifestada. A sus hijos y a futuros conversos, normalmente les enseñan «el Islam como paz»; sin embargo, no se han acostumbrado a explicar el significado de la paz en el Islam a los que no albergarían interés alguno en adoptarlo como religión.

Siempre que escuchaban opiniones contrarias en boca de políticos o periodistas, tendían a desdeñarlas como distorsiones injustas de la verdad por motivos ideológicos o políticos. Tras el 11 de septiembre, los musulmanes no pudieron rechazar por más tiempo, a quienes retratan a los musulmanes como violentos y xenófobos, como un grupo de islamófobos «nativistas», políticos de derechas, periodistas laicos y espectadores mal informados, engañados por la propaganda sionista. El año pasado, los musulmanes han tenido que enfrentarse a la realidad de que muchos observadores serios del mundo también comparten la visión de que el Islam es una religión que enseña o, cuando menos, aprueba la violencia contra el inocente; que los musulmanes representan un peligro para la paz mundial.

Por un lado, los musulmanes tienen razón al rechazar la visión estereotipada que con frecuencia se divulga en los medios de comunicación. Sólo un ínfimo porcentaje de musulmanes, bastante me-

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 65

nos del 1% de todos los del mundo, aprueba, disculpa, fomenta o se implica en la violencia. Su inmensa mayoría lleva una vida apacible, se ocupa de su trabajo, cría a sus familias, rinde culto a Dios con la oración, el ayuno y la limosna, y no le interesan más que a sus homólogos de cualquier otra religión los movimientos políticos violentos y revolucionarios.

Por otro lado, organizaciones como Al Qaeda, Abu Sayyaf y otros grupos menos conocidos de la *jihad* ejecutan sus acciones violentas en nombre del Islam, y son esos grupos los que han dominado los titulares de los medios de comunicación incluso antes del 11 de septiembre. Como es natural, los observadores no musulmanes se preguntan: «¿Cuál es el Islam verdadero?». «¿Qué es lo que, de verdad, enseña el Islam?». De ahí la necesidad del diálogo.

3. Diálogo de civilizaciones

Una de las consecuencias más evidentes de los ataques del 11 de septiembre, tanto para cristianos como para musulmanes, ha sido la necesidad verdadera de diálogo. A unos y a otros les ha quedado claro que musulmanes y no musulmanes tienen que hablar; y tienen que hablar, en concreto, sobre cuestiones de religión y violencia. El año pasado, no hubo ni un mes en que no se celebrara un seminario de diálogo importante, con la participación de musulmanes y cristianos o, en términos más generales, de líderes religiosos y políticos. El seminario se organizó y celebró en torno a cuestiones relativas al uso de la fuerza. En los últimos meses, muchas de las iniciativas de diálogo han partido de organizaciones musulmanas. Como es lógico, musulmanes de todos los continentes reconocen ahora la necesidad que tienen de explicar claramente y en detalle el interés central por la paz que existe en el seno de la fe islámica, así como de condenar explícitamente todas las formas de violencia contra personas inocentes, teniendo como base las enseñanzas del Islam.

Muchos de estos encuentros se centran en el tema de un «diálogo de civilizaciones». Esta expresión es una negación indirecta de la muy debatida tesis del científico político americano Samuel Huntington relativa a un «choque de civilizaciones». Alegando que la era de las guerras de soberanía ha llegado a su fin, Huntington contempla el conflicto en el nuevo siglo centrado en tensiones entre

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 66

valores de civilización. En un duro juicio relativo a la civilización musulmana, declara que «el Islam tiene fronteras sangrientas», y pronostica como inevitables las hostilidades entre el mundo musulmán y las naciones occidentales. A pesar del hecho de que la mayoría de estudiosos han rechazado por erróneo y superficial el argumento de Huntington, la tesis ha circulado considerablemente.

Centrándose, en cambio, en el diálogo de civilizaciones, son diversos los pueblos de distintas religiones, culturas y regiones que aceptan la existencia de diversos valores de civilización, pero no por ello contemplan el conflicto como la consecuencia inevitable de las mismas. Sostienen que, mediante el diálogo como exploración de los valores supremos de cada grupo, es posible alcanzar cierto nivel de respeto entre unos y otros, así como llegar a un modo de convivencia que no sea mera «coexistencia pacífica», sino un compartir mutuamente valores que enriquezcan a todos. Instituciones académicas de todo el mundo musulmán, de países como Irán, Malasia, Turquía y la mencionada Arabia Saudí, han fundado institutos y organizaciones para el estudio de un Diálogo de Civilizaciones, con el objetivo de promover una alternativa a la sospecha, la tensión y el conflicto violento.

4. Los musulmanes y la violencia

El Islam no es una religión pacifista, como lo es la corriente principal del cristianismo, y acepta el recurso a la guerra una vez ensayadas y fracasadas todas las demás vías. Esta posición, sin embargo, suscita inevitablemente algunos interrogantes: ¿cuándo y contra quién pueden emplearse medidas violentas?; ¿con qué propósitos?; ¿quién posee autoridad para decidir: los gobiernos o los líderes religiosos?; ¿qué recursos bélicos se consideran legítimos y cuáles ilegítimos?; ¿cuál debe ser la respuesta de los musulmanes si un líder hace un llamamiento a la *jihad*?; ¿deben obedecer sin más o deliberar sobre la justificación de la llamada? Musulmanes y otros recuerdan la reciente situación creada durante la Guerra del Golfo, cuando, al tiempo que el gobierno iraquí hacía un llamamiento a la *jihad* contra Kuwait, basándose en la injusticia y opresión cometida contra su pueblo por parte de la familia real kuwaití, los dirigentes saudíes reunían a un grupo internacional de estudiosos que pro-

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 67

clamaban una *jihad* justificada contra Irak por haber invadido Kuwait.

Los no musulmanes no entienden demasiado el propio concepto de *jihad* en el Islam. Los escritores musulmanes distinguen dos significados fundamentales. El primero es lo que el Corán denomina «*jihad* mayor», apuntando con ello al combate espiritual para someter a Dios todas las facetas de la vida del creyente. El segundo, o «*jihad* menor», significa la obligación que tienen los musulmanes de oponerse a toda forma de injusticia y opresión, así como de defender a la comunidad islámica de la agresión exterior. Los musulmanes deben reconocer que a lo largo de la historia se ha empleado con frecuencia el segundo concepto con el objetivo de movilizar a los musulmanes para que se impliquen en conflictos cuyas motivaciones reales parecen haber sido más la búsqueda de poder, riqueza, prestigio o venganza, y no tanto las que de verdad expresan valores islámicos.

Los musulmanes están lidiando con cuestiones de religión y violencia, y a menudo no existe mucho consenso en cuanto a la adecuada aplicación de la doctrina islámica a situaciones concretas. En el diálogo, los musulmanes deben tratar de aportar respuestas claras a sus colegas de otras religiones que legítimamente desean saber qué es lo que pueden esperar de los musulmanes en un mundo en el que ha de imperar la paz. El Islam carece de papado o jerarquía, así que el problema que frecuentemente se suscita es: «¿quién habla en nombre del Islam?»; «¿en qué medida son representativas las opiniones expresadas en el diálogo por musulmanes particulares?».

5. Los cristianos y la violencia

Si es cierto que los musulmanes tienen que explicar muchas cosas en relación con cuestiones de religión y violencia, también lo es que cuentan con buenas razones para cuestionar a los cristianos. Los cristianos (y los judíos) consideran, muy a menudo con complacencia, la cuestión de la violencia como un problema fundamentalmente musulmán, sobre el cual tienen todo el derecho a exigir explicaciones. En el diálogo, no obstante, no tarda en hacerse patente que estos grupos han de reconocer que sus propias comunidades también deben hacer frente a los mismos problemas fundamentales de religión y violencia.

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 68

Los musulmanes alegan que, en la situación real del mundo de hoy, son con más frecuencia víctimas que agresores, y aducen los ejemplos de Chechenia, Bosnia, Kosovo, Palestina y Cachemira. Así, el año pasado, buena parte de la atención mundial se ha centrado en los bombardeos suicidas llevados a cabo por palestinos, cuando durante ese mismo periodo de tiempo las fuerzas de ocupación israelíes han matado a un número de palestinos que casi triplica al de israelíes caídos por las bombas palestinas. De forma parecida, y aunque no se hayan publicado cifras, observadores informados estiman que el número de civiles inocentes afganos muertos en los bombardeos supera considerablemente al de fallecidos en los ataques a las Torres Gemelas de Nueva York.

Durante el emotivo periodo de tiempo que siguió a los ataques del 11 de septiembre, las autoridades cristianas de Estados Unidos, tanto católicas como protestantes, dieron de forma generalizada su apoyo a la «guerra contra el terrorismo» de la administración Bush, guerra iniciada con el bombardeo de Afganistán y que ha proseguido con amenazas a otras naciones y, más concretamente, con el anuncio de la intención americana de atacar Irak. La justificación más común que las autoridades católicas americanas han hecho de su apoyo a esta política se ha fundamentado en el principio clásico de la defensa propia de la teoría de la guerra justa.

De todas formas, a medida que fue pasando el tiempo, y mentes más serenas comenzaron a examinar la situación, cada vez más cristianos empezaron a plantear la cuestión de cómo podría aplicarse el principio de la defensa propia al bombardeo de ciudades afganas, o en qué sentido cabría considerar como una amenaza para las vidas de americanos a ciudadanos comunes afganos tales como las amas de casa y los comerciantes, principales víctimas del bombardeo. Cuando los principios tradicionales de la guerra justa se aplican a la proyectada invasión de Irak, cuyo gobierno y pueblo no parecen haber tenido nada que ver con los sucesos del 11 de septiembre, da la impresión de que entre las filas de las autoridades y teólogos cristianos el apoyo es aún menor. En el diálogo, cuando los cristianos hablan de guerra justa, los musulmanes preguntan cómo puede considerarse justa una guerra en la que la nación más rica y tecnológicamente más avanzada de la tierra bombardea a otra como Afganistán, demasiado pobre como para poder contar con un sistema de defensa antiaéreo apropiado.

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 69

En el diálogo se evidencia que existe falta de paridad en las cuestiones planteadas por cada parte. Los musulmanes se sienten víctimas de las políticas del gobierno americano y sus aliados, así como de la ocupación del territorio palestino por parte del gobierno israelí. Estos Estados laicos, cuyos gobernantes y pueblos son mayoritariamente cristianos y judíos, no emprenden sus políticas en nombre de Dios. La justificación siempre se hace en nombre de la «seguridad nacional», pero, aun así, las autoridades no son contrarias al empleo de conceptos religiosos para incitar a la opinión pública a decantarse en favor de esas políticas. Un ejemplo de esto sería la descripción que George Bush hace de su guerra contra el terrorismo como «cruzada», así como su reiterada afirmación de la defensa de los valores de la «tradición judeocristiana».

Pero, con todo, incluso en los Estados laicos, aún sigue en pie el deber que tienen las autoridades religiosas de determinar, sobre la base de sus respectivos credos, si las políticas de sus gobiernos se justifican o no. Dado que los jefes de gobierno y militares de cualquier nación jamás manifiestan que sus motivaciones son burdas o indignas, el papel de las autoridades religiosas es también el de aplicar a las políticas declaradas la «hermenéutica de la sospecha». Lo mismo que los gobernantes políticos del mundo musulmán utilizan las llamadas a la *jihad* con el fin de recabar apoyo para la consecución de intereses particulares que nada tienen que ver con la religión, a menudo las políticas y acciones emprendidas por los gobiernos occidentales parecerían guardar más relación con el control de los mercados, los campos petrolíferos, los oleoductos, las bases militares y la expansión territorial que con los proclamados principios de paz, libertad y civilización.

Los creyentes religiosos tienen el deber concreto de fijar la atención en las consecuencias humanas de las guerras y los conflictos violentos. Los analistas políticos y militares centran habitualmente sus cálculos en cuestiones de estrategia geopolítica, sistemas armamentísticos y alianzas internacionales, reduciendo a la categoría de «daño colateral» los efectos reales sobre los ciudadanos comunes. Ahora bien, lo que para los analistas resulta secundario y colateral, para los creyentes ha de ser el centro principal de interés. Preocupación capital de éstos han de ser los efectos concretos que las decisiones militares, la «guerra convencional» y el «conflicto de baja intensidad» producen en la vida de la gente común, que simplemente trata de sacar esa vida adelante. En otras palabras, cuestiones

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 70

como «¿qué efecto produce el bombardeo en la vida de un ama de casa afgana con tres hijos?» o «¿cómo afectaría un ataque contra Irak a un niño de Bagdad con distrofia muscular?», marginales en las consideraciones militares, resultan primordiales en el debate y la reflexión religiosa y pasan a ser temas de diálogo legítimos.

6. Diálogo para la paz

En el diálogo cristiano-musulmán no puede soslayarse por más tiempo la cuestión de la paz. Muchas personas no religiosas consideran las religiones como uno de los principales factores de exacerbación del conflicto violento y ponen a menudo en tela de juicio la credibilidad de la religión como fuerza eficaz de pacificación. En el momento actual de la historia humana, las cuestiones relativas a la religión y la violencia son de suma relevancia. Siempre ha existido un pequeño grupo de fanáticos que estarían dispuestos a matar y destruir en nombre de su ideología religiosa o política. Lo novedoso del mundo actual, un problema que no admite una solución fácil, es el hecho de que la tecnología permite al fanático causar mucho más daño que antes. A la población moderna jamás se le podrá garantizar al cien por cien que un individuo o un grupo reducido de terroristas no vayan a trastocar o poner fin a sus vidas.

De todas formas, los creyentes religiosos que dialogan pueden comprometerse con una línea de acción doble.

1) Deben hacer uso de toda su influencia, en el seno de sus propias comunidades de fe, para enseñar y convencer a sus seguidores de que Dios nunca desea que la gente, sean individuos, grupos o naciones, emplee la violencia contra nadie. Para ser creíble hoy día, todo compromiso religioso debe albergar un compromiso con la pacificación. Aun cuando en el pasado se predicaron e hicieron guerras en nombre de Dios o de la religión, la conciencia humana del valor religioso de la paz se ha incrementado actualmente hasta tal punto que una de las tareas primordiales de los creyentes es la de construir un mundo pacífico y armonioso. Si en el pasado un papa podía predicar una cruzada con las palabras *Deus vult* («Dios lo quiere»), hoy esas mismas palabras constituyen la base religiosa de un compromiso con la paz.

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 71

Se puede trazar un paralelo con los males de la esclavitud y el sometimiento de las mujeres. En otro tiempo, teólogos y autoridades religiosas defendieron esas prácticas como parte del orden moral establecido por Dios. Se reconocía que existían abusos que había que combatir, y se consideraba que la función de la religión era mitigar las funestas consecuencias del maltrato. Hoy, la humanidad –religiosa y no religiosa– no sólo ha llegado a estar de acuerdo en que los abusos de la esclavitud no son correctos, sino también que su mismo concepto resulta contrario a la dignidad humana y al credo religioso. En nuestros días parece estar surgiendo un consenso similar en cuanto a que el status de subordinación de la mujer al hombre se opone a la misma comprensión de lo que significa ser humano.

En el pasado hubo pensadores religiosos que defendieron y justificaron de forma parecida la guerra y el uso de la violencia, ya se tratara de las prácticas bélicas del Libro de los Jueces, de las cruzadas medievales o de las contiendas de la *jihad* armada. Hoy en día, los estudiosos y profesores de todas las religiones tienen la obligación de tratar de convencer a sus hermanos de credo de que debemos superar estas interpretaciones históricamente condicionadas de la doctrina religiosa, y vivir vidas que sean reflejo del Dios de la Paz al que todos afirmamos rendir culto. Judíos, cristianos y musulmanes concuerdan en el principio de «dejar la venganza al Señor»; pero nuestra tarea hoy día es descubrir formas de vida y acción congruentes con esa máxima. Para que esta empresa sea eficaz, ha de ser realizada conjuntamente por los fieles de todos los credos.

2) Los creyentes religiosos que dialogan deben buscar vías eficaces de oposición a la proliferación de armas y de la industria armamentística. Hay que idear programas y estrategias eficaces que incluyan una legislación severa de control de armas de fuego en aquellos países en los que las leyes son laxas, y, lo que es aún más importante, convenios internacionales para limitar el comercio de armas. Debe explorarse la conexión existente entre, por un lado, la industria del armamento y la guerra oficialmente sancionadas y, por otro, la proclividad de ciertos individuos y grupos a hacer uso de la violencia para sus propios propósitos. Las conexiones entre las naciones que legalizan la pena de muerte y la predisposición de las mismas a implicarse en acciones militares domésticas o exteriores es un tema

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 72

legítimo que debe investigarse en los foros interreligiosos. Se ha de buscar la cooperación interreligiosa en ciertos aspectos concretos del problema, como puede serlo el de la prohibición internacional de las minas antipersona terrestres. Si las comunidades religiosas están dispuestas a tomarse en serio el papel de pacificadoras que Dios les ha encomendado, la fabricación, venta, almacenamiento, transporte, compra y uso tanto de armas convencionales como nucleares constituye un ámbito clave para el debate y la acción interreligiosos.

En y a través del diálogo, seguidores de distintas religiones llegan a percibir que en muchas cuestiones todos comparten la misma posición. Su función, hoy día, es trabajar por la paz y la reconciliación, oponerse a la industria de la muerte y la destrucción y reiterar la preocupación central por los efectos que la violencia produce en la gente común. Uno de los efectos de los ataques terroristas del 11 de septiembre y la posterior guerra contra el terrorismo ha sido el de presionar a los seguidores de las religiones del mundo para que se impliquen en el diálogo sobre su papel en la tarea de hacer frente a estos problemas reales del mundo de hoy.

ST 90 (2002) 881-888

LOS LIBROS

Recensiones

OTÓN CATALÁN, Josep, *Debir, el santuario interior. La experiencia mística y su formulación religiosa,* Sal Terrae, Santander 2002, 176 pp.

Con este libro, J. Otón Catalán vuelve a reivindicar la dimensión mística del cristianismo. Lo hace porque está convencido de la sed de trascendencia que hay en nuestra sociedad secularizada, y de momento parece que las únicas fuentes que se ofrecen son las técnicas meditativas orientales. ¿Qué experiencia de Dios ofrecemos los cristianos? Parece que poca, para una historia del cristianismo que abarca tantos siglos. Quizá a lo largo de muchos períodos se ha ahogado esta dimensión mística del cristianismo en aras de un exceso de dogmatismo y moralismo. Por eso, para Otón, en estos momentos de crisis se da un contexto especial para recuperar el núcleo de la esencia cristiana.

Si en anteriores libros el camino seguido para expresar y sacar a la luz esta dimensión que todo ser humano lleva dentro había sido la psicología profunda y el inconsciente, analizando los mecanismos psicológicos que acompañan al proceso místico, así como la experiencia vital de escritores y pensadores contemporáneos para mostrarnos cómo sus obras son fruto de una experiencia interior; el camino que utiliza en este libro es el de acercarnos al mundo bíblico y ver cómo sus personajes muestran siempre una experiencia de Dios. La imagen que utiliza para expresar lo que quiere decir la encuentra en la palabra hebrea «debir», que tiene una doble connotación: por una parte, significa aquello que está velado y, por otra, el lugar sagrado donde se manifiesta la Presencia Divina.

Con este símbolo se recoge lo esencial para el autor: la dimensión mística es intrínseca a todo ser humano. El «debir» evoca el interior humano y la presencia divina; trascendencia e inmanencia se encuentran en este punto, y es ahí

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 74

adonde debe conducirnos toda religión; y así aparece reflejado en las diversas narraciones bíblicas que Otón nos ofrece de una forma muy amena y que provocan la meditación en el lector.

Por tanto, ya sea de la mano de Jung, de los místicos cristianos, de los pensadores o de la Biblia, Otón Catalán nos hace desarrollar nuestra dimensión mística y nos hace ver que eso no es sólo privilegio de unos pocos, sino que todos tenemos esa capacidad.

Como conclusión, decir que este libro nos recuerda que el cristianismo está enraizado en la experiencia de Dios. La mística , es decir, experimentar y vivir la búsqueda y nostalgia de Dios, es esencial para el cristianismo, como en general para todas las religiones. Hoy esta necesidad es más acuciante que nunca. Además, podemos añadir que, si en décadas anteriores el problema era un cristianismo sin Iglesia, hoy es el de una religión sin Dios, como nos advierte J.-B. Metz. Y, por tanto, libros como éste resultan muy oportunos.

Juan Pedro Alcaraz Moreno

FOREST, Jim, *Orar con los iconos,* Sal Terrae, Santander, 2002, 192 pp.

Como señala su título, este libro pretende ser una pequeña guía para introducirse en un método de oración que cuenta con una fuerte tradición en la Iglesia Oriental: la oración con iconos.

Tras una introducción donde el autor narra su propio proceso de acercamiento a este tipo de oración, la primera parte comienza con una breve historia de los iconos. Tiene como finalidad resaltar la función que han tenido, no como cuadros artísticos de museos, sino como auténticas ayudas para la contemplación. Completan esta primera parte otros cinco apartados que explican cuáles son las cualidades de un icono y cómo se realiza éste. Se ofrecen así unos apuntes sobre los aspectos que hacen de estas obras pictóricas instrumentos para transmitir la fe cristiana. Cabe señalar la figura del iconógrafo: es un orante que sabe que su obra es fruto de su encuentro con Dios. No pretende su propio éxito, y rara vez aparece su firma. Lo esencial es que con el icono intenta establecer un medio que permita el acercamiento al ámbito de lo divino, y esto le exige una fuerte vivencia espiritual.

La segunda parte sirve de puente entre la primera y el resto del libro. En ella se recuerda la importancia de la oración en la vida de la fe, qué dificultades aparecen cuando queremos acallar nuestro interior, y cómo los iconos pueden servir de ayuda para aprender a mirar más allá de lo físico e inmediato.

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 75

La tercera y cuarta partes nos adentran en el sentido simbólico y en el significado teológico de los principales iconos. Bajo el título «El rostro del Salvador y los iconos de las grandes festividades», el autor recorre los iconos que acompañan la oración de los diferentes tiempos litúrgicos y fiestas. De una manera reflexiva, va desentrañando los detalles, los símbolos, los colores, el modo como se reflejan los vínculos entre los distintos personajes que aparecen... Todo ello conduce a descubrir el sentido espiritual y el tipo de oración a que apunta cada uno. En la cuarta parte, «Los santos», hace lo mismo con dos de los iconos más importantes de María: «La Madre de Dios de la Ternura» y «La Madre de Dios del Signo» así como con algunos de otros santos cuyas imágenes se encuentran con frecuencia en iglesias y en hogares de creyentes. Las explicaciones se acompañan con una serie de láminas en color y con un conjunto de oraciones muy utilizadas en la Iglesia Ortodoxa que se recitan en el «rincón de los iconos» de las casas o frente a los «iconostasios» de los templos.

Como señala el autor, citando a Leonid Ouspensky, podemos decir que «no hay palabras ni líneas que puedan representar el Reino de Dios como representamos y describimos nuestro mundo» (p. 33). Consciente de esta realidad, Jim Forest, con este libro, ofrece una síntesis de fácil lectura para entender el modo en que los iconos intentan representar pictóricamente realidades espirituales ocultas muchas veces tras realidades físicas. Familiarizarnos con ello no es fácil, puesto que en los iconos da la impresión de que luz, la imagen, el color... contradicen con frecuencia las reglas de las técnicas artísticas. A su vez, la falta de movimiento o de expresión en los rostros de los personajes que aparecen también puede llamarnos la atención. Todos ellos no son más que signos de que un icono no va a provocar una respuesta emocional, sino que simplemente quiere servir de punto de apoyo para el encuentro con Dios. Este modo de acercamiento a una obra de arte no se adquiere sin tener las claves necesarias. El libro tiene el valor de ayudarnos a descubrir cuál es el testimonio revelador del Reino de Dios que se esconde en cada icono y cómo puede ser para cada uno de nosotros/as un camino de acercamiento al misterio de Aquel que ha querido «hacerse visible» y busca entrar en diálogo y comunicación con su pueblo.

Ana Rodríguez Láiz

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 76

RAHNER, Karl, *Escritos de teología,* tomo II (2ª ed.), Cristiandad, Madrid 2002, 352 pp.

Ofrecer de nuevo al lector de lengua española los *Escritos de Teología* de Karl Rahner, a más de cuarenta años de su primera aparición, constituye una buena noticia que nos devuelve a aquellos años del Vaticano II intensos en transformaciones y esperanzas.

Las contribuciones de este segundo volumen ofrecen muestras del diálogo apasionado que la mente privilegiada del, a nuestro juicio, mejor de los teólogos alemanes del siglo XX estableció entre la cultura eclesial y la de un mundo en cambio.

¡Qué mal entienden al Padre Rahner quienes lo convierten en poco menos que un modernista reductor de la fe a la intimidad de la conciencia! En este libro se encuentran muestras excelentes de una hondura existencial que recusa la exterioridad de lo meramente institucional y que, al mismo tiempo, reivindica sin ambages la expresión histórica de lo visible como componente imprescindible de esa misma hondura.

De ello dan testimonio los trabajos aquí referidos al sacramento de la penitencia y a su dimensión social, a la conjunción entre dimensión social y libertad individual, entre ley general e imperativo ético irrecusable para *esta* persona, entre psicoterapia y pastoral de la conciencia.

Quizás el trabajo más representativo del quehacer rahneriano sea el muy extenso que abre el volumen, sobre la pertenencia a la Iglesia y los lazos que unen a ella a todo el que, mediante un quehacer ético consecuente, se incorpora a la Humanidad redimida por Cristo y, como tal, al «Pueblo de Dios» en sentido amplio, pero siempre histórico, corporeizado, visible.

Lástima que la presente edición se limite a reproducir literalmente el texto de la primera de 1961. En la contribución a que acabamos de aludir ni siquiera se han corregido las erratas que ya fueron salvadas en la reimpresión de 1963. La presentación tipográfica del volumen y la distribución del texto han mejorado, eso sí, considerablemente.

Agradezcamos, pues, el esfuerzo editorial mientras nos aventuramos a insinuar una empresa de mayor envergadura: la traducción de la edición crítica alemana, en curso avanzado de publicación, o al menos una edición española que la tenga seriamente en cuenta. ¿No sería ello posible a través de un esfuerzo conjunto en el que la Compañía de Jesús tendría mucho que decir?

José Ramón García-Murga

rev.noviembre 02 28/10/02 10:41 Página 77

ETXEBERRÍA, Xabier, *Temas básicos de Ética,* Desclée de Brouwer, Bilbao 2002, 210 pp.

Se trata del primer título de una colección de manuales de «ética de las profesiones» que irán elaborando profesores de los centros universitarios de la Compañía de Jesús en España. Para evitar que todos los autores comiencen su libro con un capítulo introductorio sobre la ética, han querido dedicar el primer tomo de la colección a este tema, y se lo han encomendado a Xabier Etxeberría, profesor titular de Ética de la Universidad de Deusto. No es, por tanto, un libro de ética aplicada (como los que le seguirán), sino de ética fundamental. Tampoco es un libro de teología moral, sino de ética filosófica.

El libro está verdaderamente bien estructurado:

Analiza, en primer lugar, las éticas teleológicas, es decir, aquellas que se entienden a sí mismas como una búsqueda de plenitud (Aristóteles, Epicuro, Bentham, etc.). Este primer tipo de ética permite al Autor estudiar temas como la aspiración a la felicidad, las virtudes, los valores o la relación entre ética y religión.

En segundo lugar, analiza las éticas deontológicas, es decir, aquellas que privilegian la noción de deber (Kant, Apel, Habermas, Rawls...). Este segundo tipo de ética le permite estudiar temas como ley natural, autonomía, deber y normas, justicia y marco institucional, solidaridad, o la relación entre ética y derecho.

Dado que la ética sólo se realiza en plenitud cuando logra articular dialécticamente ambos polos (el teleológico y el deontológico), en un tercer momento el autor estudia diferentes formas de articulación, tales como la relación entre las éticas de máximos y las éticas de mínimos, o la distinción weberiana entre ética de la convicción y ética de la responsabilidad.

El libro termina con un estudio básico, pero enjundioso, del sujeto moral: la conciencia moral, la responsabilidad y el proceso de deliberación mediante el que elaboramos los juicios prácticos en las diversas situaciones concretas.

Es necesario dominar muy bien una materia para poder ofrecer en tan pocas páginas una síntesis tan bien elaborada como la que aquí presentamos. Es un libro, a la vez denso y claro, que no tiene desperdicio. Dado su carácter introductorio, no tiene notas a pie de página, aunque sí una brevísima orientación bibliográfica después de cada apartado que permitirá profundizar en los distintos temas a los lectores interesados. La colección ha arrancado, por tanto, con muy buen pie.

Luis González-Carvajal

rev.noviembre 02 28/10/02 10:42 Página 78

BERNAL LLORENTE, José Manuel, *El domingo, cara y cruz,* San Esteban, Salamanca 2002, 126 pp.

El contenido de este libro es fruto de una conferencia en Salamanca en el año 2000. Y su temática constituye una de las mayores preocupaciones para la pastoral actual, puesto que el domingo sigue siendo central para la celebración comunitaria y la expresión de fe.

El autor utiliza un esquema claro que divide en tres partes. En la primera, expone la identidad teológica, bíblica e histórica del domingo, destacando la unión inseparable entre domingo y eucaristía, por encima del día de descanso. En la segunda parte expone los problemas pastorales que surgen hoy día para la celebración adecuada de este «día del Señor», empezando por la constatación que hace el autor de la falta de carácter festivo y celebrativo que se observa en la mayoría de las eucaristías dominicales. A ello contribuye el envejecimiento del clero, la utilización manipuladora en que incurre dicho clero para otros fines, y el éxodo masivo que en tales días se da en las grandes ciudades. Todo ello constituye un cúmulo de factores que están poniendo en crisis el carácter central que tiene para el ritmo comunitario la celebración de la eucaristía todos los domingos.

En la tercera parte trata de dar con posibles soluciones, que nunca se pueden entender como recetas, como afirma el propio autor, sino como ideas y planteamientos que susciten reflexiones que nos permitan mirar el futuro con esperanza.

Entre las diversas propuestas que desarrolla, cabe destacar la desclericalización y la desacralización del ministerio, ya que la división entre clero y laicos sigue obstaculizando y condicionando el desarrollo de la renovación de la Iglesia.

Según el autor, la Eucaristía es tan vital para la fe cristiana que no se puede dejar sin ella a ninguna comunidades. Las soluciones provisionales, por las que hay curas que tienen que celebrar varias eucaristías en un mismo día, de pueblo en pueblo, corren el peligro de caer en una especie de funcionariado. Sustituirlas por celebraciones de la Palabra tampoco es la solución para el autor. Por eso replantea el tema de la incorporación al ministerio de hombres casados y del acceso de la mujer al mismo. Pero siempre teniendo como base de su planteamiento la desclericalización y desacralización, que fueron añadidos históricos que no pertenecen a la esencia cristiana.

En definitiva, se trata de un libro de fácil lectura y asimilación en la parte más teológica e histórica, y lleno de sentido común y sano realismo en sus propuestas.

Juan Pedro Alcaraz Moreno

rev.noviembre 02 28/10/02 10:42 Página 79

BRU, Manuel María (coord.), *Periodistas de primera, cristianos de verdad. Laicos en la comunicación social,* Ciudad Nueva, Madrid 2002, 176 pp.

«Periodistas de Primera, Cristianos de verdad» fue el título del Primer Encuentro Diocesano de Comunicadores Sociales, que tuvo lugar en el Seminario Conciliar de Madrid en abril de 2001. Allí nació este libro, que, sin embargo, va más allá de ser el acta del encuentro para permitirnos hallar en sus páginas el amplio abanico de los temas principales de la difícil tarea de ser cristiano y ejercer la profesión de periodista.

La comunicación social es abordada en las tres principales secciones de esta obra como una vocación, un carisma y una misión. Sin duda se trata de sustantivos cargados de herencia cristiana, pero, gracias a los participantes y ponentes del encuentro, son tratados desde una profesionalidad periodística de alta calidad.

Resulta de gran interés comprobar cómo en esta obra han participado profesionales que desde la prensa escrita, la radio y la televisión desarrollan su quehacer informativo como parte esencial de su vida cristiana. Puede ser un buen libro para saber quién es quién en la esfera mediática cristiana y para caer en la cuenta de los medios con que contamos los cristianos para comunicarnos. Pero, más allá de una presentación en sociedad de los periodistas –que para eso el gremio se basta a sí mismo–, este libro consigue poner el dedo en la llaga de los retos que supone ser cristiano en la vida pública y publicar noticias en cristiano. Buscar y hallar la verdad es tanto un anhelo periodístico como cristiano. De cara al público y hacia sí mismo, el profesional de los medios tendrá que luchar contra las tentaciones de politizar, clericalizar, moralizar, desmejorar la noticia o, lo que es peor, empobrecer el mensaje del Resucitado según las conveniencias del reportaje. El comunicador social se mueve en la borrosa frontera entre lo que se «es» como periodista y lo que se «debería» ser como profesional mediático cristiano.

Numerosos ponentes, en especial los que se sitúan en la última parte del libro bajo el epígrafe «Comunicación como misión», compaginan su tarea periodística con la labor docente en universidades de distinta confesionalidad. En sus palabras encontramos una preocupación por compaginar una profesionalidad académica de calidad y el testimonio sin complejos de su vida creyente. Ser periodista, profesor y cristiano no es tarea fácil, pero este libro puede servir de ayuda para nombrar los retos y compartir con hondura la reflexión vital de los que han pasado antes por esta experiencia.

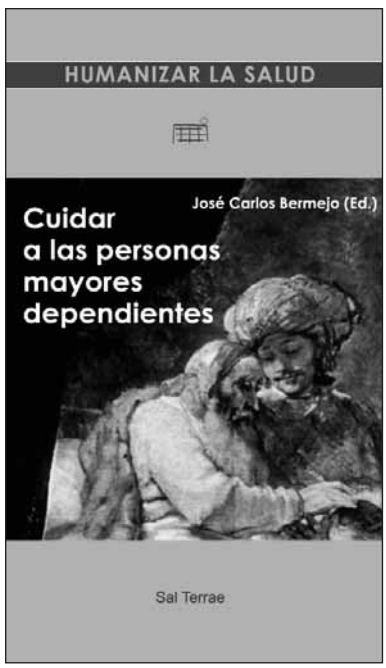
José de Pablo SJ

ST EDITORIAL

SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD



Cuidar a los mayores cuando tienen determinadas necesidades, debidas a las frecuentes dependencias asociadas al deterioro físico o mental, es un arte. «Cuidar bien» pasa por comprender algunas dinámicas que se dan cita en el proceso del envejecimiento y de las relaciones interpersonales. Humanizar los cuidados requiere no sólo reconocer la dignidad intrínseca de cada ser humano, con independencia de su edad, sino también traducir en estrategias concretas las atenciones a esas necesidades específicas.

Este libro, escrito por un grupo de profesionales del «Centro de Humanización de la Salud» de los Religiosos Camilos de Tres Cantos (Madrid), donde tienen varios programas para mayores y enfermos terminales, pretende ser una aportación al deseo universal de humanizar todos los ámbitos relacionados con la vulnerabilidad.

184 págs. **P.V.P. (IVA incl.): 9,00 €**